



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LANÚS

Departamento de Humanidades y Artes

Especialización en Pensamiento Nacional y Latinoamericano del Siglo XX

Trabajo Final Integrador:

**EL VARGUISMO ¿UN LEGADO TRUNCO EN EL MOVIMIENTO
NACIONAL BRASILEÑO?**

Autor: Alejandro Kwiatkowski

Tutor: Juan Godoy

Año: 2024

A modo de agradecimientos:

A esta casa de estudios, la UNLA, que mantiene vivo el espíritu de la liberación nacional como horizonte, verificable en su oferta académica y en la simbología expresada en sus edificios, parques y monumentos.

Al cuerpo docente de la Especialización y a mi tutor Juan Godoy, quienes tienen una calidad académica y humana admirable, siempre con buena predisposición y atentos a las inquietudes, de quienes me llevo herramientas muy valiosas.

A mis compañeros y compañeras, con quienes hemos intercambiado mañanas y tardes de ideas y debates.

A mi familia, gente amiga y, por supuesto, a Giuli compañera esencial con quien debato todos los días sobre visiones políticas y sociales, soportándome largos minutos hablando. Sumo también a mis propios estudiantes con quienes comparto ideas y conceptos del pensamiento nacional.

A tantas pensadoras y pensadores del pensamiento nacional y latinoamericano, de nuestro país y países hermanos, muchas veces malditos por la historiografía oficial, en quienes seguimos viendo la necesidad de luchar por la integración regional y la emancipación de nuestros pueblos.

Siglas utilizadas:

CLT: Consolidação das Leis do Trabalho

PTB: Partido Trabalhista Brasileiro

PCB: Partido Comunista Brasileiro

PSB: Partido Social Democrático

UDN: União Democrática Nacional

PT: Partido dos Trabalhadores

CUT: Central Única dos Trabalhadores

CGTB: Central Geral dos Trabalhadores do Brasil

ÍNDICE DE CONTENIDOS

1. PALABRAS INTRODUCTORIAS	4
1.1 Algunas concepciones de la “democracia” desde el pensamiento nacional para el caso brasileño	6
2. LAS RELACIONES DE VARGAS CON LA OLIGARQUÍA Y EL IMPERIALISMO, CONTEXTUALIZADAS DESDE EL PENSAMIENTO NACIONAL	9
2.2 Relaciones de Vargas con la oligarquía paulista y los capitales internacionales ..	13
2.3 La integración: clave del desarrollo económico en el pensamiento de Moniz Bandeira	14
2.4 Un ejemplo de desarrollo nacional reutilizado para el imperialismo: la <i>Petrobrás</i>	17
2.5 El capital oligárquico y extranjero como impedimento al desarrollo nacional y la integración regional	19
3. IMÁGENES SOBRE VARGAS DESDE EL PENSAMIENTO NACIONALISTA BRASILEÑO Y LA INTELLECTUALIDAD ACADÉMICA	21
3.1 Las corrientes del nacionalismo brasileño y la figura de Vargas	21
3.1.1 Algunos antecedentes del nacionalismo brasileño durante la república vieja ...	21
3.1.2 El <i>pragmatismo</i> intelectual	23
3.1.3 El nacionalismo intelectual ante la revolución de 1930, frente a un varguismo carente de doctrina.....	24
3.1.4 El <i>Estado Novo</i> desde una óptica argentina: las impresiones de Ricardo Sáenz Hayes	25
3.2 La construcción de Vargas desde la intelectualidad brasileña	30
3.2.1 La crítica de Darcy Ribeiro a los aportes de Weffort y Cardoso	30
3.2.2 La legislación laboral de Vargas: entre el enfoque intelectual y el pensamiento nacional.....	31
3.3 Vargas y la universidad: el caso de Anísio Teixeira y las representaciones pedagógicas de la intelectualidad	34
3.3.1 Algunos antecedentes de la universidad brasileña	34
3.3.2 Getúlio Vargas y las reformas de la universidad brasileña	36
3.3.3 La Reforma Campos de 1931.....	37
3.3.4 La universidad como proyecto colonial o como proyecto nacional	38

4. EXPERIENCIA CONSTITUCIONAL DEL VARGUISMO: VIGENCIA Y LEGADO A LA LUZ DE LAS GENERACIONES CONSTITUCIONALES	41
4.1 Antecedentes constitucionales del Brasil y la tensión entre constitución real-escrita.....	42
4.2 La Constitución de 1934 como hito en la política brasileña	44
4.3 Las constituciones de 1937 y de 1946	45
4.4 La Constitución de 1988, el contexto neoliberal y las continuidades de la herencia constitucional varguista	47
5. MOVIMIENTO OBRERO EN LA ERA VARGAS: ENTRE EL TRABALHISMO Y EL COMUNISMO BRASILEÑO	49
5.1 El '45 brasileño: <i>queremismo</i> , movimiento obrero y PC brasileño	49
5.2 El <i>trabalhismo</i> a nivel ideológico, el proyecto del Partido Trabalhista Brasileiro y sus alcances	52
5.3 El “nuevo sindicalismo” frente al sindicalismo trabalhista	56
5.4 El rol del PT y Lula frente al trabalhismo varguista.....	57
5.5 El problema de la “memoria histórica” de los sectores populares, en la óptica de Torcuato Di Tella	62
5.6 La interpretación de Alejandro Groppo	63
6. CONSIDERACIONES FINALES	65
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	68

1. PALABRAS INTRODUCTORIAS

“Hoy ustedes están con el gobierno.
Mañana ustedes serán el gobierno” Getúlio
Vargas, 1º de mayo de 1950

“Un gobierno sin doctrina es un cuerpo sin
alma” Juan Domingo Perón, 17 de octubre
de 1950

Uno de los interrogantes que motivan este trabajo es el hecho de indagar sobre la escasa (o nula) reivindicación de la política actual brasileña sobre la figura histórica de Getúlio Vargas como conductor del movimiento nacional, especialmente en los años de gobierno del PT, partido que no se asume como heredero del legado político *trabalhista*¹, a pesar de coincidir en el sostenimiento de muchas de sus políticas públicas.

Desde nuestra perspectiva en Argentina, esta situación cobra una resonancia especial, ya que el legado del movimiento nacional con la figura del Justicialismo continúa reivindicado por diversas fuerzas políticas, habiendo ocupando gobiernos municipales, provinciales y el gobierno nacional en diferentes momentos del siglo XX y XXI, independientemente de si se apegaron más o menos a los ideales de la doctrina peronista.

Por lo tanto, si tomamos en cuenta que en el Brasil de Vargas y la Argentina de Perón, dos de los modelos que en la sociología política se han denominado “populismos” (junto al caso mexicano de Lázaro Cárdenas), se produjeron los más importantes avances en la ampliación democrática, la efectivización de derechos laborales que continúan hasta nuestros días y los intentos de preservación de intereses nacionales frente al capital extranjero, resulta a priori extraño que el legado peronista continúe vivo, mientras que el legado varguista no sea plenamente reivindicado.

¹ Se utiliza el término “trabalhismo”, cuyo equivalente en castellano es “laborismo”, para designar al principal componente ideológico del movimiento nacional brasileño durante las etapas de gobierno de Getúlio Vargas y sus sucesores hasta 1964.

Teniendo en cuenta estas premisas, el presente trabajo se plantea indagar sobre el por qué en el Brasil actual no se reivindica una identidad “varguista” dentro del espacio nacional-popular, como sí ocurre con el peronismo en Argentina. A su vez, esclarecer cuáles son algunos de los componentes de la genealogía del Partido dos Trabalhadores (PT), que lo hacen un tanto reticente a identificarse con la tarea realizada por el movimiento de Vargas, a pesar de sostener un modelo de gestión que se asemeja con la defensa, por ejemplo, de empresas nacionales creadas por Getúlio Vargas como Petrobrás. Para ello, la perspectiva que nos brindan autores del pensamiento nacional latinoamericano es fundamental para dar una explicación que no quede adscripta automáticamente a los análisis teóricos del hemisferio norte, sino que se aborde en palabras de Fermín Chávez “con una epistemología propia” (2012), ya que estas problemáticas de la periferia deben pensarse justamente desde la periferia.

Aunque hay numerosos estudios realizados de manera comparativa sobre los “populismos” latinoamericanos con sus características similares y diferentes, no hay prácticamente análisis que indaguen sobre el porqué de la discontinuidad en el tiempo del movimiento varguista, al menos en lo que respecta al caso del peronismo en Argentina que, más allá de sus mutaciones en el tiempo, continúa siendo el componente principal del movimiento nacional en el país, también denominado comúnmente campo popular o movimiento popular.

Además de la perspectiva mencionada previamente, es importante destacar aportes de algunos autores que, profundizando en mayor o menor medida, se han preguntado sobre el devenir trunco del varguismo y nos pueden dar algunos aportes. Algunos de ellos son: John French, Torcuato Di Tella, Alejandro Groppo y Angela de Castro Gomes. Al respecto interesa destacar que, mientras algunos autores como Adalberto Cardoso (2019) afirman que el ideario del varguismo continúa vigente en la gestión de Lula da Silva (especialmente el sostenimiento de las leyes laborales), Di Tella en su libro de entrevistas con Néstor Kirchner afirma que el varguismo tendió a desaparecer y a fusionar sus elementos dinámicos en el actual PT, además de realizarse la pregunta y respuesta en un sentido inverso al de este trabajo: “¿Por qué no hay un Lula en la Argentina? La respuesta simple es: porque existe el peronismo” (Di Tella y Kirchner 2003: 53).

Una aclaración válida antes de continuar: en este análisis los términos varguismo, getulismo y trabalhismo, no tienen el mismo significado. Por varguismo nos referimos

específicamente al legado del movimiento nacional que se referencia en la obra de gobierno realizada por Getulio Vargas. Con getulismo damos cuenta del movimiento popular que sostuvo a Vargas en el poder durante su etapa de gobierno. Por último, con trabalhismo estamos haciendo referencia al sostén ideológico del varguismo, ligado especialmente al contenido obrero de la legislación inaugurada durante el Estado Novo.

1.1 Algunas concepciones de la “democracia” desde el pensamiento nacional para el caso brasileño

Para comenzar, conviene retomar una conceptualización sobre el significado mismo de “democracia” en los países periféricos, respecto al concepto clásico de democracia en el sentido liberal de la palabra.

La utilización pura del término “democracia” ha sido utilizada en repetidas ocasiones, bajo el auspicio de los intereses imperialistas, para representar a un espectro excesivamente heterogéneo que represente de los intereses opuestos a los movimientos nacionales latinoamericanos. Por cuenta, podemos mencionar dos grandes ejemplos en Sudamérica donde la palabra “democracia” tomó un sentido político militante, formando parte de frentes políticos en concreto: la Unión Democrática (UD) en Argentina, y la Unión Democrática Nacional (UDN) en el Brasil. Ambas agrupaciones se conformaron bajo el influjo de la diplomacia norteamericana, en el contexto de finalización de la Segunda Guerra Mundial y en oposición a los liderazgos de Juan Domingo Perón y Getúlio Vargas, contraponiendo los valores de la democracia frente al “autoritarismo” encarnado por estos líderes políticos.

Aquí es cuando vale la pena desentrañar, desde la óptica del pensamiento nacional, cuál es el valor real de la democracia en los países sometidos al imperialismo.

Si bien es correcto afirmar que, tanto el liderazgo de Vargas en la etapa del Estado Novo (1937-1945) como el liderazgo de Perón en su etapa como Secretario de Trabajo y Previsión (1943-1945), corresponden a etapas de gobiernos no democráticos en el sentido formal del término, vale destacar que son esas etapas en las cuales se produjo una ampliación de los derechos sociales y laborales como nunca antes ni después habría ocurrido. Claro, por tener lugar estos nuevos derechos en etapas de gobierno autoritario, una primera conclusión podría ser la de la clásica y simple “manipulación” por parte de estos dirigentes hacia las masas populares. Hay mucha bibliografía al respecto, desde esa

perspectiva liberal que no necesariamente tiene su origen en nuestra región, pero sí fue reproducida por autores locales. En este último punto interesa destacar el vínculo que realizó Jorge Abelardo Ramos sobre la obra de Gino Germani a quien asocia al sociólogo norteamericano Seymour Lipset, quien afirmó en sus libros que el peronismo era un “fascismo de clase baja” (Ramos, 2011: 395).

Sin embargo, esas alusiones del líder manipulador de una masa amorfa no hacen más que quitarle peso a la organización previa del movimiento obrero y a las entidades representantes de la ciudadanía, como también a la tradición de negociación estatal frente a las corporaciones, además de infantilizar a la propia capacidad del pueblo de hacer respetar y valer sus derechos como si fueran meramente animales arriados por un líder carismático. Precisamente ha sido esa perspectiva bajo la cual fundaron sus aspiraciones democráticas la propia UD en Argentina y la UDN en Brasil, asociando a los líderes políticos locales con el nazifascismo, en el preciso momento en el cual los Estados Unidos se deciden por la participación en el conflicto mencionado anteriormente, del lado de las fuerzas “democráticas”.

Ese carácter “formal” de la ciudadanía y la visión democrática liberal, fundada en el dominio del imperialismo anglosajón en la región, no logran explicar cómo podían ser “democráticos” los regímenes fraudulentos y oligárquicos previos al varguismo en Brasil y al peronismo en Argentina, o cómo las dictaduras posteriores podrían ser “libertadoras”, cuando los únicos objetivos que buscaran fue el reaseguro de sus intereses comerciales y financieros junto a la adhesión geopolítica de la región a su proyecto de dominación global, de la mano de una clase dirigente local que fuera cómplice y sirva como legitimadora de sus intereses. Esto último, en palabras de Arturo Jauretche, lo podemos definir como el “estatuto legal del coloniaje” (1973: 90), tan presente hasta nuestros días.

Habiendo existido regímenes democráticos que poco o nada han hecho por favorecer los intereses de las mayorías populares, de forma opuesta, los movimientos populares han tenido una concepción de ciudadanía y de democracia mucho más ligada a lo social que a lo estrictamente procedimental-formal². En este sentido, basta con citar la concepción de democracia que el peronismo ha incorporado dentro de su estructura doctrinaria, esbozada por Juan Domingo Perón en el acto del 17 de octubre de 1950 como

² Autores como Waldo Ansaldi y Verónica Giordano profundizan sobre estas concepciones dentro del clima de ideas antiliberal en los años '30 en nuestra región. Véase *América Latina. La construcción de un orden* (2012). Buenos Aires, Ariel.

el primero de sus veinte puntos sobre “las verdades fundamentales del Justicialismo”, donde afirmó que “la verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere, y defiende un solo interés: el del pueblo” (Perón, 2002: 60), mientras que un año antes, en enero de 1949, decía que:

“mientras se fundaban los grandes capitalismos el pueblo permaneció aislado y expectante (...) Hoy no es posible pensar en organizarse sin el pueblo, ni organizar un Estado de minorías para entregar a unos pocos privilegiados la administración de la libertad. Esto quiere decir que de la democracia liberal hemos pasado a la democracia social” (Perón, 1973: 262).

Yendo al caso brasileño que nos convoca, uno de los autores del pensamiento nacional que comparte a una concepción social de la democracia es Darcy Ribeiro. Para este pensador, los gobiernos de Getúlio Vargas y posteriormente el de João Goulart, fueron los responsables de establecer un sistema de democracia verdaderamente participativa. Ribeiro menciona que fue en la etapa de Getúlio donde se organizaron los trabajadores urbanos en sindicatos estables, se renovó la educación y se dinamizó la cultura brasileña, y en lo económico el gobierno “enfrentó a los testaferros de empresas extranjeras y al empresariado comercial, que vivía de lo que lucraba importando y exportando” (Ribeiro, 2012: 254).

El mismo pensador continúa:

“Quien mejor encarnó la tradición de Getúlio Vargas fue João Goulart, atacado por los políticos profesionales como el mayor peligro que enfrentaban. Reconocido por los trabajadores y por el electorado como quien mejor los representaba y defendía. Pero discriminado por los intelectuales, que lo veían como un inocente, no preparado para el ejercicio del poder” (Ribeiro, 2012: 255).

De forma puntual, desde el gobierno brasileño podemos visualizar que, para Getúlio Vargas, la democracia también consistía en que el Estado tenga herramientas para el desarrollo nacional, la superación de las fragmentaciones estaduales internas que han servido a la oligarquía en la Primera República (1889-1930) para sostener su régimen y la armonía de clases con el propósito de fomentar la justicia social.³

³ A partir de aquí las traducciones al castellano son efectuadas por el autor

En uno de sus discursos en el Palacio de Catete en noviembre de 1939, Vargas defendió el establecimiento de su legislación laboralista afirmando que:

“basta volver los ojos a las condiciones del trabajador brasileño del decenio anterior, cotejarlas con las de hoy y verificar las transformaciones ocurridas. En un corto lapso de tiempo, pasamos de una democracia aparente, de falso liberalismo técnico, a una democracia real, esto es, a un régimen que asegura para todos, los verdaderos presupuestos de la vida política -justicia y representación- y las condiciones inherentes a la vida social -salario, vivienda, alimentación y educación.” (Vargas, 1940: 91).

Más tarde, en conmemoración del 1º de mayo de 1941 en el estadio de Vasco da Gama, Vargas destacaba que:

“El gobierno consiguió reformar la estructura social del país, promoviendo la solidaridad de las clases por medio de la colaboración general en las tareas del bien común, abolidos los privilegios del pasado, dignificadas todas las categorías de trabajo y esfuerzo honesto para vivir y prosperar. De esa manera pacífica evitamos males e instituímos la verdadera democracia, del pueblo y para el pueblo, según la fórmula clásica y perfecta.” (Vargas, 1941: 260).

Es importante destacar que esta reformulación del concepto de democracia, corresponde a la etapa del Estado Novo, justamente en la cual no estuvieron plenamente vigentes instituciones como el congreso, mientras el gobierno federal aprobó una serie de leyes laborales denominadas Consolidação das Leis do Trabalho (CLT) que continúan vigentes hasta el día de hoy.

Este es el gran tema de discusión en torno a la naturaleza del varguismo: ¿cómo un gobierno a priori autoritario como el del Estado Novo pudo ser el que más hizo por la democratización social?

2. LAS RELACIONES DE VARGAS CON LA OLIGARQUÍA Y EL IMPERIALISMO, CONTEXTUALIZADAS DESDE EL PENSAMIENTO NACIONAL

A continuación se tratará de establecer un recorrido conforme a las líneas de análisis de pensadores nacionales brasileños que dieron cuenta de algunos obstáculos que

tuvieron las presidencias de Getúlio Vargas en la búsqueda de establecer un modelo de desarrollo económico soberano, partiendo de un gobierno federal que profundice la autoridad política sobre los intereses particulares de las oligarquías estatales, especialmente la oligarquía del Estado de San Pablo, poseedora de los resortes de generación de riqueza durante el período de la “república vieja” entre 1889-1930. Como impedimento al desarrollo soberano del Brasil, también hay que sumar el papel del imperialismo, particularmente estadounidense en épocas de Vargas, el cual obstaculiza la consolidación de la independencia económica y el manejo soberano de los recursos, así como interfiere en la integración regional de la nación brasileña con sus pares, especialmente Argentina.

En pos de ello, se consideran valiosos los aportes realizados por autores como Vavy Pacheco Borges, en *Getúlio Vargas e a oligarquia paulista* (1979); Luiz Alberto Moniz Bandeira, *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al MERCOSUR* (2004); Paulo Schilling, *El expansionismo brasileño* (1978), y João Cruz Costa, *Pequena história da república* (1968).

2.1 El proyecto (¿nacional?) de la oligarquía paulista hasta la revolución tenentista

En la óptica del pensamiento nacional se destaca el aporte de la historiadora Vavy Pacheco Borges en su obra *Getúlio Vargas e a oligarquia paulista* (1979), quien se encargó de analizar la relación de los principales órganos de prensa paulistas entre los años 1926-1932 frente al gobierno nacional brasileño.

Es importante destacar que esta autora en la propia obra resalta su origen familiar paulista, criada en un clima de hostilidad hacia la figura de Vargas, postura que ella misma ha revisado en sus años de estudio de Historia en la Universidad de San Pablo. Tal como menciona la autora de forma autobiográfica, fueron las investigaciones realizadas en torno a los editoriales en medios de prensa masiva, representantes de los intereses oligárquicos, junto con la orientación del pensador Sergio Buarque de Holanda, los puntales que dieron a Vavy el valor de realizar esta obra.

El recorte temporal escogido en su obra no es caprichoso. La primera de las fechas en su análisis, 1926, corresponde con el año en que Vargas fue nombrado como ministro de hacienda del gobierno de Washington Luís, hecho por el cual la figura del riograndense

empieza a tener importantes menciones en la prensa paulista. A su vez, las disidencias internas en la oligarquía paulista llevaron a la creación de un partido de oposición al oficialismo local, aunque representante de intereses de clase similares (también oligárquico, aunque con un carácter “modernizador”). Desde allí el análisis cronológico de la autora continúa, por supuesto, con la crisis terminal de la república vieja, pasando por la revolución y ascenso de Vargas al poder en octubre de 1930, hasta el intento de revolución del Estado de San Pablo en 1932 con la alianza de los dos principales partidos paulistas contra el gobierno provisional de Vargas.

Pacheco Borges ha realizado un minucioso análisis de los tres principales periódicos que se encontraban alineados a los dos principales partidos de poder de aquel Estado: el *Correio Paulistano*, representando con su línea editorial al Partido Republicano Paulista, y *O Estado de São Paulo* junto con *Diário Nacional* ambos representantes del Partido Democrático Paulista. La hipótesis principal de la autora se sustenta en que, a pesar de representar políticamente a dos sectores contrapuestos, las líneas editoriales defienden un proyecto económico en común: el de la oligarquía paulista. Esto último ha llevado a un enfrentamiento directo de la prensa masiva en contra de las políticas de transformación que encabezó Getúlio Vargas.

La autora afirma que durante la primera república hasta 1930 “el *Estado de San Pablo* imprimió la dirección de la nación, a través de la política de los gobernadores” (Pacheco Borges, 1979: 24), la cual consistió, como es sabido, en la alianza entre las oligarquías de San Pablo y de Minas Gerais. Esta alianza garantizaba que el proyecto económico de los cafetaleros paulistas sea hegemónico, al sustentar con el café cerca del 73% de las exportaciones brasileñas, por lo menos hasta la crisis económica de 1929 (Pacheco Borges, 1979: 20). El modelo económico agroexportador sustentado por el café no se agotaba solamente en la producción y comercialización, sino que generaba un complejo circuito entre las ciudades de San Pablo y el puerto de Santos, entre los cuales cabe mencionar el aumento acelerado de las áreas cultivables de café, la actividad bancaria y crediticia necesaria para dicho cultivo, entre los cuales se cuentan algunos hacendados que ingresan en la propia actividad financiera, la concentración de mano de obra producto de la inmigración y de las migraciones internas y, en consecuencia, la oportunidad para el desarrollo de la actividad industrial, generando un fenómeno de urbanización acelerada en esa zona. Todo aquello fue potenciado por el ingreso de

capitales británicos, quedando la economía brasileña bajo la influencia británica, desde la década de 1870 hasta la Primera Guerra Mundial. La autora en este sentido indica que:

“como el ahorro interno era insuficiente para la formación de los capitales necesarios, fueron los ya citados capitales ingleses los que vinieron a establecerse en San Pablo, mostrando, por tanto, desde el inicio, la asociación de la clase dominante al capitalismo internacional” (Pacheco Borges, 1979: 21).

Como ya se ha mencionado, la oligarquía cafetalera paulista ha logrado establecer un modelo hegemónico de desarrollo “hacia afuera” durante la república vieja, promoviendo el librecomercio, excepto en momentos que necesitó recurrir a la intervención del estado federal para resguardar sus propios intereses. Esto se verifica en las políticas de valorización del café en diferentes momentos de crisis en las primeras tres décadas del siglo XX. Sin embargo, diferentes medidas de liberalismo más ortodoxo han llevado en la segunda mitad de la década de los '20 a que la defensa del café quede en manos únicamente del estado paulista, provocando en 1926 el retiro de algunos ministros paulistas del gobierno federal de Artur Bernardes y la propia creación del Partido Nacional en San Pablo (Pacheco Borges, 1979: 48). Por lo tanto, como dice la autora:

“no hay, claramente, una relación lineal entre la oligarquía cafetalera paulista y un presidente paulista en el poder. En ocasiones de crisis, realmente la lógica general del sistema económico parece tener una mayor importancia que el simple origen regional del presidente” (Pacheco Borges, 1979: 53).

Frente a este cuadro de situación se da una situación paradójica: en 1929 en torno a la crisis económica, el presidente Washington Luís se niega a sostener la intervención federal en la valorización del café, aunque su sucesor Julio Prestes haya contribuido a la defensa de esos intereses desde su jefatura en el Estado paulista. Sin embargo, la revolución de 1930 impide que asuma Julio Prestes, y ya una vez Getúlio Vargas en el poder, la oligarquía cafetalera no se opone a su liderazgo, debido a que el propio presidente provisional defiende a priori esos intereses. La autora define la situación de la siguiente manera: “Vargas deja claro que el café es para él ‘el resorte principal de la economía nacional’: eso es repetido en diferentes ocasiones” (Pacheco Borges, 1979: 54).

De esta manera podemos concluir, de forma parcial hasta aquí, que en el proyecto de nación de la oligarquía paulista siempre han tenido prioridad sus intereses económicos, a riesgo de perder el liderazgo político como ocurrió en 1930. O bien, dicho de otra forma,

en caso de crisis renunciar a la conducción política es en parte “aceptable” a fin de resguardar los intereses económicos de clase. Esta pérdida del poder político, trajo aparejado el divorcio entre los intereses oligárquicos y el proyecto de nación que cuenta ahora con la conducción de Getúlio Vargas quien, como veremos, no subordinará los intereses nacionales al capricho de la oligarquía cafetalera paulista.

2.2 Relaciones de Vargas con la oligarquía paulista y los capitales internacionales

El proyecto político de Getúlio Vargas, quien estuvo en el poder durante cuatro períodos distintos⁴, otorgó al estado federal brasileño una verdadera autoridad sobre los intereses oligárquicos estaduales por primera vez en la era republicana.

Tal como menciona Pacheco Borges, la actitud inicial del gobierno provisional surgido en la revolución de 1930 tranquilizó a la oligarquía cafetalera, necesitada de la intervención del gobierno federal a su favor en cuanto a lo económico, que a su vez vio en Vargas un líder capaz de pacificar las disidencias internas del país. Además, Vargas nombró a varios ministros paulistas en su gabinete.

Sin embargo, la actitud de Vargas de defensa del sector agroexportador no tiene como objeto mantener los privilegios de la oligarquía, sino poder sostener la precaria situación de exportación en los años de la denominada “gran depresión”. Por supuesto que el sector cafetalero no parece entender esta situación ya que, como dice Pacheco Borges “la oligarquía quiere continuar siendo atendida, sin pagar su precio, en una línea de lo ‘regional’ o particular sobre lo ‘nacional’” (1979: 144). En este contexto, además, se suman a la disputa política fuerzas sociales de carácter muy heterogéneo anteriormente excluidas del régimen oligárquico. Desde entonces los grupos cafetaleros paulistas renuncian al apoyo (o al menos a una expectativa favorable) sobre el gobierno provisional de Vargas y deciden atacar unificadamente a través de un intento revolucionario en 1932.

Por último importa remarcar, a partir de lo analizado por la autora, que cuando el gobierno federal no sigue los pasos marcados por el sector agroexportador paulista en cuanto a lo económico, especialmente con el aumento de los impuestos a la exportación

⁴ El primero entre 1930-1934 (gobierno provisorio), el segundo 1934-1937 (elegido por voto constitucional), el tercero 1937-1945 (bajo la forma de Estado Novo), el cuarto 1951-1954 (elegido por voto directo).

y a los bienes personales, la única excusa que encuentran éstos para defender sus intereses económicos es el ataque al gobierno de Vargas en el aspecto ideológico-político, por ejemplo acusándolo en reiteradas ocasiones de prácticas totalitarias o comunistas. En palabras de la autora, la figura de Vargas que fue esperanza para la oligarquía en un comienzo, se transformó en desilusión y en factor de unidad y necesidad permanente de derrocamiento, llegando al punto “para toda la oligarquía paulista, despojada del poder y sometida a la inconveniencia de tener que considerar también las necesidades de las otras clases: los intereses paulistas no son más considerados como ‘eminente nacional’” (Pacheco Borges, 1979: 192).

A criterio de este análisis, tomando en cuenta la obra analizada, la derrota de la revolución paulista de 1932 se configura como el verdadero punto de quiebre del proyecto oligárquico.

2.3 La integración: clave del desarrollo económico en el pensamiento de Moniz Bandeira

En los diferentes escritos del autor brasileño Luiz Alberto Moniz Bandeira, se puede encontrar una preocupación clave por los destinos de su país, en relación con la política exterior. En el caso de la obra escogida *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al MERCOSUR. Conflicto e integración en América del Sur* (2004), el autor analiza la injerencia del imperialismo norteamericano en el cono sur, especialmente en lo referido a la relación entre Brasil y los países de la región, potenciando, especialmente en los años de la dictadura que depuso a João Goulart en 1964, el fenómeno del subimperialismo en la región.

Es muy importante destacar el hecho que, desde la Primera Guerra Mundial, los capitales británicos que habían sido mayoritarios en las inversiones extranjeras sudamericanas, fueron paulatinamente reemplazados por el ingreso de capitales norteamericanos. Esta situación genera que, para la década de 1930, sea Estados Unidos el principal inversor en la economía brasileña. Esa rivalidad entre las inversiones norteamericanas y británicas, tuvo su apogeo en la política petrolera de ambos países, cuyas empresas jugaron un rol destacado en el conflicto de la Guerra del Chaco, entre Paraguay y Bolivia. Esa rivalidad inter-imperialista también se confirmó con cierta competencia armamentística entre Brasil y Argentina, que tuvo su punto clave en la adquisición de armamentos y buques norteamericanos (en el caso de Brasil) y británicos

(por parte de Argentina). Sin embargo, como afirma Moniz Bandeira (2004), en un contexto mundial de agitación y conflictos bélicos, el aumento en política de defensa de los países sudamericanos respondía más a cuestiones estratégicas de defensa, que a posibilidades concretas de ataque a sus vecinos. A su vez, la adquisición de armas del gobierno de Vargas también atiende a una necesidad interna de dotar a las fuerzas armadas nacionales de la suficiente autoridad para evitar una desestabilización interna, como la producida con la revolución paulista de 1932. El cierre del congreso y la clausura democrática en 1937 que dieron origen al Estado Novo, también ha sido oportunidad para la utilización de esos recursos.

Como se mencionó, la militarización del Brasil no necesariamente respondía a una hipótesis de conflicto con la Argentina, sino al contrario. Moniz Bandeira menciona que “pese a las suspicacias militares, Brasil tenía crecientes intereses en Argentina (...) La Argentina se configuraba cada vez más como una importante socia comercial, salida natural para sus productos agrícolas y manufacturas” (2004: 174). Esta situación se verifica en ocasión de visita oficial del presidente Getúlio Vargas a la Argentina en 1935 donde, si bien el contexto de los tratados de paz de la Guerra del Chaco era el principal tema, se aprovechó la situación por ambas partes para consolidar lazos económico-comerciales. Prueba de ello son las declaraciones elaboradas en la visita a la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, donde el presidente del organismo además de resaltar la importancia de los lazos de amistad, dejó en claro la necesidad de profundizar los intercambios, indicando que “las cifras del comercio entre ambas repúblicas demuestran que estamos lejos de alcanzar los guarismos a que tenemos derecho, si consideramos que existen en ambos pueblos productos que se reclaman con imprescindible necesidad” (Comisión de Recepción, 1935: 84). El mismo presidente manifiesta la actitud estratégica de cooperación, sin recelos militaristas, al afirmar que nuestros pueblos están “exentos de los prejuicios que conmueven a los viejos países de Europa; pueblos de esta América joven, libres de preocupaciones ancestrales, ofrecen vasto campo para toda clase de arreglo y estrechamiento de vínculos” (Comisión de Recepción, 1935: 84). La respuesta del presidente brasileño en su visita a ese organismo fue muy positiva, suscribiendo a lo dicho por las autoridades y comprometiéndose a trabajar para que “nuestras fronteras, en vez de murallas divisorias, se transformen en puertas abiertas, de par en par, al intercambio creciente de productos de los dos países” (Comisión Recepción, 1935: 84).

La visita de Vargas a la Argentina tuvo espacio durante la presidencia de Agustín Pedro Justo. Esos compromisos continuaron con sus sucesores Roberto Ortiz y Ramón Castillo, con positivas misiones comerciales según indica Moniz Bandeira (2004: 174-175). El punto crítico para la integración de ambos países, siguiendo la línea de este autor, estuvo marcado por la incorporación de los Estados Unidos en el bando aliado durante la Segunda Guerra Mundial en 1941, y la pretensión de incorporar a los países latinoamericanos a la contienda, actitud rechazada por el gobierno argentino pero aceptada por el brasileño debido, entre otros factores, al compromiso del crédito norteamericano otorgado para crear la Compañía Siderúrgica Nacional y la instalación de bases militares norteamericanas en el nordeste del país vecino.

El desarrollo de la industria pesada se transformó en clave para el desarrollo económico del proyecto varguista, al tiempo que fue para los Estados Unidos el motor de presión, especialmente para generar hostilidades con Argentina. En momentos en los cuales se produjo la revolución de 1943 en Argentina, y posteriormente sosteniendo Edelmiro Farrell y el ministro de guerra Juan Perón una postura neutralista en la guerra, la actitud del gobierno norteamericano fue hostigar a través de un embargo de armamentos y no reconocer al gobierno de Farrell, mientras otorgaba armas en cantidad a Brasil (Moniz Bandeira, 2004). Sin embargo, indica el autor que la postura de Vargas en dicha encrucijada fue optar por la no provocación al gobierno argentino, entre otras cosas no apoyando al bloqueo y negándose a la realización de maniobras en conjunto entre la armada brasileña y norteamericana en la zona del Río de la Plata. Concluye Moniz Bandeira que:

“Vargas, a pesar de todas las presiones, continuó firme en la posición de no hostilizar a la Argentina y ni siquiera consintió que Aranha [su embajador] formulase una nota contra el reconocimiento del gobierno de Farrell (...) La opinión de Vargas era que Brasil no debía tener fricciones con otros países (especialmente, la Argentina) y gracias a su actitud, el conflicto armado no se extendió a la Cuenca del Plata” (Moniz Bandeira, 2004: 183).

En la medida que el período del Estado Novo varguista se aproximaba a su fin, o mejor dicho el presidente se aproximaba al golpe que lo depuso en 1945, las actitudes del mandatario brasileño se alejaban de los lineamientos del imperialismo norteamericano, según indica Moniz Bandeira, ya que no existían motivos económicos ni políticos para seguirlos. Destaca el autor en este aspecto, los encuentros de camaradería de las fuerzas

armadas de ambos países (incluso del comandante argentino mostrando las posiciones de las tropas fronterizas), los honores y el traslado del cuerpo del embajador brasileño hacia su país, por motivos de fallecimiento, y en última instancia la renuncia del canciller Oswaldo Aranha quien “era el miembro del gobierno brasileño que más confianza inspiraba en Estados Unidos” (2004, 185-186). Para Moniz Bandeira esto confirmaba tres cuestiones: el alejamiento de Vargas de los Estados Unidos por influencia del ejército, la inestabilidad política del Estado Novo con la salida del canciller Aranha y la reafirmación de los lazos de integración con Argentina.

Nótese un clima en común: septiembre y octubre de 1945 es el momento de movilizaciones e injerencia norteamericana para la deposición de Juan Perón en sus cargos. Es el mismo octubre de 1945 cuando finalmente se depone a Vargas de la presidencia. Destaca Moniz Bandeira que: “el régimen que Estados Unidos quería derrocar en Argentina presentaba las mismas similitudes y características del que predominaba en Brasil (...) Farrell no ocultaba su admiración por Vargas y por Brasil, Perón tampoco” (2004, 187).

Luego de su liberación Perón reaparecerá como candidato y presidente electo. Vargas reaparecerá como presidente nuevamente en 1951. Ambas experiencias terminarán políticamente de forma trágica, bajo presiones de los sectores ligados al capital transnacional.

2.4 Un ejemplo de desarrollo nacional reutilizado para el imperialismo: la Petrobrás

En este breve espacio se destacará el rol de la compañía nacional de petróleo brasileña, creada en 1953 por Getúlio Vargas en su último mandato, a partir de los análisis de Paulo Schilling en su obra *El expansionismo brasileño* (1978). También serán importantes los aportes de João Cruz Costa en su obra *Pequena história da república* (1968). Ambos realizan sus aportes desde las áreas de pensamiento correspondientes, siendo Schilling un destacado analista geopolítico y Cruz Costa filósofo e historiador de las ideas, además de ser uno de los fundadores de la cátedra de Filosofía de la Universidad de San Pablo, y haber participado en 1949 en el Congreso de Filosofía de la ciudad de Mendoza.

En la obra de João Cruz Costa, el autor, compartiendo algunas afirmaciones de otros pensadores brasileños, nos indica sobre un constante sabotaje hacia la política petrolera de Vargas, de la cual participan actores locales y la embajada norteamericana. Entre los puntos a resaltar, se puede mencionar en primer lugar el descrédito de la oligarquía en el parlamento, luego de la destitución de Vargas en 1945, sobre el descubrimiento de los yacimientos hidrocarburíferos en el nordeste al tildarlos de ser “uno de los mitos del Estado Novo” (Costa, 1968: 157). A su vez, estuvo desde siempre la insistencia del injerencismo norteamericano contra el monopolio estatal del petróleo con la Constitución de 1934 y luego la creación de Petrobrás. Cruz Costa indica una fuerte y desgastante lucha de Vargas contra los trust transnacionales, que contó con la polémica directa con el embajador norteamericano Adolf Berle en una de las reuniones: “Indagando el embajador cual es el rumbo de la política petrolífera, le retrucó Vargas que se trataba de un problema en que el gobierno brasileño no se consideraba a satisfacer la curiosidad de extraños y solamente consideraría resolverlo como y cuando le convenga” (Costa, 1968: 151).

A ello se le sumó, según João Cruz Costa, las tesis internas del desarrollismo, favorables a la incorporación de capitales extranjeros en la industria petrolera, dentro de las propias usinas de pensamiento brasileñas:

“en 1951, con la polémica en torno de la cuestión del petróleo, los estudios desarrollistas asumieron un aspecto histórico, técnico y especulativo, presentándose algunas publicaciones del Instituto Superior de Estudios Brasileños, confusas y equívocas, oscilando entre tesis de derecha y de izquierda y hasta, a veces, confundiéndolas” (Costa, 1968: 177).

Por último, este autor destaca que la lucha de Vargas por el control de los recursos estratégicos, además de la lucha política continua contra las operaciones de prensa y las acusaciones infundadas sobre su gobierno, llevaron a un nivel de desgaste, enojo, y hasta cierta depresión con la cual no pudo lidiar y que se terminó evidenciando en su fatídico final en 1954. Según este autor Vargas “era un hombre de poder y no de gobierno, un político hábil pero no un estadista” (Costa, 1968: 161).

Por otra parte, teniendo en cuenta el análisis de Paulo Schilling, la dictadura iniciada en 1964, que depuso a João Goulart, dio fin al período del Brasil soberano y transformó al país en punta de lanza del imperialismo en la región, mejor dicho del

subimperialismo, cuyo modelo económico ha sido caracterizado como “milagro brasileño” por parte de las corporaciones de medios. Respecto a la política petrolera, Schilling afirma que la Petrobrás pasó del nacionalismo al imperialismo. El autor argumenta que la Ley de Minas de 1934 garantizó el monopolio estatal de los recursos del subsuelo, defendido por la movilización popular bajo el lema de *O petróleo é nosso* “el petróleo es nuestro” luego de la deposición de Vargas en 1945. Sin embargo, desde 1964 hubo varios intentos de liquidarla a partir de la dictadura de Castelo Branco quien afirmó que “La Petrobrás no es intocable” (Schilling, 1978: 99). Aunque atravesó la liquidación, la empresa perdió el control de la explotación en algunas áreas estratégicas, especialmente en la industria petroquímica local. Por otra parte, para Schilling, a partir de la dictadura de 1964 ocurre algo “aparentemente absurdo”, ya que la empresa que antes fue un símbolo del nacionalismo brasileño, ahora se convierte la empresa en símbolo de la explotación imperialista con actividades en Colombia, Ecuador, Irak, Argelia, Tanzania y proyección en la plataforma Uruguay, por tanto “lo que vemos es la transformación del nacionalismo popular en nacionalismo imperialista” (Schilling, 1978: 100). Para este pensador la actitud tomada por la empresa, en todo caso, se justificaría si en Brasil no existiesen reservas petroleras, sin embargo no solamente hay, sino que la dictadura ha permitido la explotación hidrocarburífera en la Amazonia por parte de los trust internacionales.

2.5 El capital oligárquico y extranjero como impedimento al desarrollo nacional y la integración regional

Por medio de distintos pensadores nacionales analizados, es posible establecer que el desarrollo de una economía brasileña soberana que se intentó desde la revolución de 1930 hasta el golpe de 1964 (donde se destaca el período de Vargas), estuvo continuamente en jaque por acción de los intereses oligárquicos e imperialistas norteamericanos. No sería un intento de descubrir la pólvora, pero sí dar luz sobre autores que, alejándose de las tradicionales posiciones de la *intelligentzia*, dan cuenta de la dificultad de construir un desarrollo soberano desde la periferia. Cabe destacar que Cruz Costa, Moniz Bandeira y Schilling sufrieron la persecución y el exilio a partir del golpe de 1964.

Nuestros pensadores nos ayudan a demostrar que el modelo oligárquico cafetalero solamente requirió de la intervención del Estado federal, en pos de sus propios intereses de clase. Cuando dicho grupo gobernó el Brasil pudo hacerlo con mayor facilidad, aunque no siempre de manera homogénea, como se observa en los años previos al triunfo de la revolución tenentista en 1930. Una vez con Vargas en el poder, interviniendo el gobierno federal en favor de diversos grupos de la sociedad y no sólo de la oligarquía, estos grupos de poder emergieron como el principal bastión de oposición a un modelo de desarrollo nacional, popular y soberano. También han demostrado como el injerencismo imperialista fue obstáculo permanente para la integración regional y la independencia económica, junto a la complicidad de los intereses locales que perdieron el control del Estado en la década de 1930.

A su vez, contribuyen a pensar la política interna desde la relación geopolítica con el imperialismo y sus actores locales. Ejemplo de ello es la relación con la región, especialmente nuestro país. Recordemos aquí, las palabras de João Cruz Costa, quien afirma que, entre las acusaciones personales hacia Vargas, también se encontraban las que se formulaban a su ministro de trabajo (y futuro presidente depuesto en 1964) João Goulart, quienes habían firmado un aumento importante en los salarios mínimos en 1954, año de la muerte de Vargas. Según este autor “se acusaba a João Goulart de estar articulando, en connivencia con Vargas, el advenimiento de una república sindicalista, de un régimen semejante al justicialismo de Perón” (Costa, 1968: 164).⁵

Por último estos autores se alejan de las tradicionales visiones del varguismo como mero garante de los intereses burgueses ante la crisis, o como manipulador de masas. Profundizan en cambio sobre los obstáculos que atravesó el más importante período de construcción de una nación soberana, el de un nacionalismo popular brasileño, frente a las embestidas constantes de la antipatria.

⁵ Al respecto de la idea de “invasión del peronismo en Brasil” y de la creación de un estereotipo por parte de la prensa brasileña sobre el peronismo, conjugado con el peligro de subversión y comunismo, se recomienda el análisis de Ariel Goldstein (2017) “El peronismo y la política brasileña en la prensa tradicional...”

3. IMÁGENES SOBRE VARGAS DESDE EL PENSAMIENTO NACIONALISTA BRASILEÑO Y LA INTELLECTUALIDAD ACADÉMICA

En la sección actual se toman en cuenta algunas imágenes o imaginarios sobre la figura de Vargas, propuestos por el nacionalismo brasileño así como por la intelectualidad en términos de *intelligentzia* académica. Para este propósito se considera importante dar algunos detalles sobre la formación del pensamiento nacional brasileño hasta el período de gobierno de Getúlio Vargas, con los aportes del brasileño João Cruz Costa y el argentino Ricardo Sáenz Hayes. Respecto al ya citado João Cruz Costa, quien fuera uno de uno de los principales difusores de la filosofía hacia mediados del siglo XX, siendo director de la carrera de Filosofía en la USP (Universidad de San Pablo), se destaca la claridad a la hora de establecer diferentes tendencias para la formación del pensamiento nacional brasileño. A su vez se tomará como eje para contextualizar el momento histórico la obra *El Brasil moderno* del historiador argentino Ricardo Sáenz Hayes, en la cual realiza un balance historiográfico sobre el Brasil y contiene interesantes entrevistas con motivo de su viaje a aquel país en el año 1941, pleno período del “Estado Novo” de Vargas.

3.1 Las corrientes del nacionalismo brasileño y la figura de Vargas

3.1.1 Algunos antecedentes del nacionalismo brasileño durante la república vieja

Trazando un paralelismo con las corrientes de pensamiento ligadas al nacionalismo tradicionalista en Argentina donde se resaltan los aportes de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, se puede ver que la primera década del siglo XX fue productiva para una intelectualidad brasileña que, aún impregnada de la tradición positivista y el darwinismo social, muestra sus primeras facetas de quiebre frente al pensamiento impuesto desde el hemisferio norte. La obra que marcará un quiebre con la mirada clásica de la intelectualidad brasileña, fue *Os Sertões* (Los Sertones) de Euclides da Cunha, escrita en 1902. Centrándose sobre el conflicto que tuvo el gobierno federal durante los primeros años de la república en el nordeste brasileño (en la región del sertón), da Cunha trae con su literatura un baño de realidad sobre las formas de vida, las penurias y la identidad de los habitantes de aquel Brasil profundo que los republicanos del litoral, admiradores de la tradición positivista europea, no habían querido ver o bien habían calificado como bárbara/incivilizada. Es interesante notar que la descripción del entorno

geográfico y la preocupación del autor por comprender más que prejuzgar los modos de vida de los *sertanejos* (sertaneros), en parte es asimilable a la tarea realizada en nuestro país con las descripciones de Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* que data de 1910.

Sobre la obra de da Cunha, el citado historiador y filósofo João Cruz Costa, realiza una interesante valoración al afirmar que “los letrados del litoral todavía continuarían entregándose a la tarea de construir una fachada europea para el país. Solamente Euclides da Cunha tuvo el valor de clamar en favor del hombre del sertón” (Costa, 1957: 113). Aquella preocupación que tuvo Euclides de describir en detalle los pesares de un sector particular del pueblo brasileño realizando un trabajo original, fue inspiración para la gran obra de Gilberto Freyre que vio la luz en 1933: *Casa grande e senzala* (Casa grande y senzala).

En su tarea particular, João Cruz Costa ha estado muy interesado en poder identificar al Positivismo como la principal corriente de ideas que moldearon a la intelectualidad brasileña desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Producto de ello fue la elaboración de su obra *O positivismo na República: notas sobre a história do positivismo no Brasil* de 1956, donde realiza un detallado análisis del denominado “apostolado” positivista, aquellos quienes se mantuvieron más fieles a la doctrina de Augusto Comte, aunque el autor destaca que “esas doctrinas de origen europeo se conforman o deforman frente al nuevo entorno” (Costa, 1956: 163).

Sin embargo, no solo la corriente positivista (que junto al darwinismo social pueden incorporarse a las corrientes naturalistas) ha tenido un fuerte impacto en la intelectualidad brasileña. Cruz Costa nos menciona al menos dos tendencias más de importancia para principios del siglo XX en aquel país: por un lado, *el pensamiento católico* que continuará atento a “las variantes de las ideas católicas en Europa” (1957: 13) y, por otro lado, *el movimiento criticista*, también de raigambre europeo.

Más allá de algunos trabajos de principio de siglo XX como el de Euclides da Cunha, es a partir de la Primera Guerra Mundial cuando el mundo de las ideas en el Brasil tenga una mayor autonomía. A partir de entonces, afirmó Tristão de Ataíde, se comienza a notar cada vez más en la literatura brasileña “un perfume de bosque, de tierra mojada, de brisa fresca del mar (...). La inspiración nacional no nos llevará muy alto, pero sí con

mayor seguridad, hacia un futuro remoto de creación e independencia” (Costa, 1957: 13-14).

A pesar de que no lo menciona de forma ordenada, en la obra de Cruz Costa *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil* existen tres aspectos por los cuales el pensamiento nacional brasileño comienza a afianzarse con la Primera Guerra Mundial. En primer lugar, la crisis del positivismo en función de la propia guerra, la cual dio por tierra los preceptos de una sociedad capitalista con un desarrollo indefinido marcado por la ciencia y la técnica, poniendo en crisis de forma definitiva esa corriente de pensamiento. Pero también la guerra provocó un avance en la industrialización brasileña y un impulso de aceleración a la urbanización, con lo cual ha provocado, en segundo término, que la intelectualidad brasileña profundice su preocupación por el desarrollo nacional y, en tercer lugar, por la cuestión social.

Hasta entonces la cuestión del nacionalismo en el pensamiento brasileño había estado más reducido a un tipo de pensamiento regionalista y tradicionalista. Cruz Costa define a ese tipo de nacionalismo como “osado e ingenuo” (1957: 14), enquistado en un romanticismo que poco contribuyó a la conciencia nacional.

Para 1914, ese pensamiento regionalista ingenuo se conjugó con un “transoceanismo nostálgico” en palabras de Costa, por el cual las doctrinas europeas no daban respuesta a las nuevas generaciones de pensadores brasileños, abriendo lugar a la profundización de una nueva conciencia nacional, lo que el autor denomina un “progreso en la conciencia” en términos del nacionalismo (1957: 14).

3.1.2 El pragmatismo intelectual

Cruz Costa rescata un concepto muy interesante sobre la intelectualidad brasileña, el cual es atribuido a la herencia portuguesa. Se trata del pragmatismo a la hora de actuar, ya sea en la colonización de nuevos espacios geográficos o en la organización de la comunidad local y nacional, principalmente motorizado por dos actores en la época de la colonización: por un lado el colonizador aventurero, donde se incluye al *bandeirante*, y por otro lado el jesuita. El autor retoma la idea de un “pragmatismo vivido” que surge de las necesidades prácticas de la colonización, un “sentido utilitario” de la acción (1957: 14).

El mismo espíritu aventurero y práctico tendrá un importante desarrollo en la intelectualidad brasileña a partir de la primera guerra mundial. Este pragmatismo brasileño (que no se debe confundir con la corriente filosófica norteamericana) hizo que muchos intelectuales abandonen las concepciones eurocéntricas y de alguna forma dejen llevarse por la experimentación a la hora de interpretar la realidad brasileña y las posibles respuestas a sus problemas.

Para Cruz Costa, específicamente desde el pensamiento filosófico, esa situación fue sinónimo de triunfo, ya que para la *intelligentzia* brasilera “solamente una filosofía de la acción, solamente un pragmatismo puede corresponder a sus necesidades profundas, a su edad intelectual”, quejándose de quienes tienen la pretensión “ingenua” de querer hacer filosofía brasileña solamente haciendo filosofía, manteniendo la especulación desconectada de la realidad. Es por ello que para Costa la gran lección de la filosofía moderna “consiste precisamente en la afirmación de lo auténtico” (1957: 174).

3.1.3 El nacionalismo intelectual ante la revolución de 1930, frente a un varguismo carente de doctrina

Con una sociedad con las características mencionadas en la primera postguerra, la sociedad brasileña se transformó y junto con ella también sus ideas. La década de 1920 dio lugar a “un personaje que crece cada vez más, (...) el pueblo brasileño” (Costa, 1957: 164). Con la participación política cada vez más presente de los sectores populares brasileños y en respuesta a la crisis política de la “república vieja” que tuvo su desarrollo entre 1889-1930, se produce un movimiento de emancipación intelectual con la participación de autores de la talla de Tristão de Ataíde, Alberto Torres, Oliveira Viana, Graça Aranha, Gilberto Freyre, entre otros.

Entre los grupos nacionalistas que tomaron fuerza durante la convulsa década de los '20, tanto el *integralismo* como el modernismo fueron los más destacados y nutrieron de forma diversa, junto a otros, al movimiento revolucionario encabezado por Getúlio Vargas. Sin embargo, ambas expresiones carecieron de la capacidad para sostenerse como marco intelectual duradero. Costa afirma que el *movimiento integralista*, de corte tradicional, a pesar de apoyar a Vargas en su disputa contra el comunismo a mediados de los '30, quedó vinculado directamente a una versión brasileña de fascismo (o mejor dicho de salazarismo), y terminó copiando las ideas políticas europeas, con una ideología vaga

y confusa “que el pueblo nunca aceptó ni siguió” (1957: 136), mientras que el movimiento modernista, que tuvo su auge a principios de los '20 principalmente en San Pablo, estaba conformado por una elite intelectual de corte aristocrática que quedó políticamente en un segundo plano una vez que se abrió paso al gobierno revolucionario de la Alianza Liberal de Vargas. Por lo dicho anteriormente, se puede notar que ambos movimientos carecieron de un componente popular destacable.

Frente a ese estado de situación, no hubo una corriente de nacionalismo popular en la cual el varguismo brasileño se logre apuntalar y pueda generar un cuerpo de doctrina propio al contrario de lo sucedido, por ejemplo, con el peronismo en Argentina⁶. Bajo la interpretación de Cruz Costa vemos que el fenómeno de Vargas también apeló a una práctica “sobre la marcha” de los acontecimientos, junto con el apoyo popular, haciendo valer la autoridad nacional del gobierno de la unión por sobre los intereses oligárquicos estaduales, aunque “no llegara a establecer su doctrina, ni aun el embrión de una ideología precisa” (1957: 163). Sin embargo, como bien marca el mismo autor, la revolución de 1930, a pesar de no establecer una doctrina clara, marcó el efectivo final del predominio de la “elite” intelectual sobre la producción ideológica en el Brasil y la participación cada vez más protagónica del pueblo brasileño.

3.1.4 El *Estado Novo* desde una óptica argentina: las impresiones de Ricardo Sáenz Hayes

De los cuatro períodos presidenciales de Getúlio Vargas⁷, sin duda el más criticado por la intelectualidad fue el período del denominado Estado Novo, donde se han suspendido comicios y la Constitución de 1934 quedó reemplazada por la nueva Constitución de 1937 aplicada por decreto. Al mismo tiempo, también fue el período con la mayor cantidad de reformas estructurales, a través del cual el gobierno federal implementó los mayores avances en nacionalización económica y en legislación democrática social.

⁶ Este es un importante contraste con el caso argentino, si tomamos en cuenta el apoyo de un sector del nacionalismo popular al movimiento nacional, con los integrantes de FORJA que nutrieron al Peronismo en la década de los '40 y cuyas ideas perfilaron la doctrina elaborada por el justicialismo. Al respecto se recomienda el abordaje realizado por Juan Godoy (2015) en *La FORJA del nacionalismo popular...*

⁷ El primero entre 1930-1934 (gobierno provisorio), el segundo 1934-1937 (elegido por voto constitucional), el tercero 1937-1945 (bajo la forma de Estado Novo), el cuarto 1951-1954 (elegido por voto directo).

Es en 1941, en aquel Brasil del Estado Novo, que el escritor e historiador argentino Ricardo Sáenz Hayes se internó para conocer las realidades de aquella tierra, realizando una síntesis entre el recorrido histórico del vecino país, la literatura de sus intelectuales (de los cuales destaca la figura de Gilberto Freyre) y la actualidad política de su tiempo, compilado en su obra *“El Brasil Moderno”*, editada en 1942.

Sáenz Hayes se aparta de la mirada clásica que por entonces tenía el sector liberal de la intelectualidad argentina, frecuentemente preocupada sobre el varguismo emparentándolo con los fascismos europeos, y busca comprender cuáles son los modelos intelectuales en los que se apoya Vargas, así como la forma en la cual sus opositores interpretan al régimen político del Estado Novo. Vale tener en cuenta que el propio Cruz Costa sostuvo que durante este período puntual la censura se hizo presente, o al menos los controles gubernamentales a través del Departamento de Prensa y Propaganda: “De 1937 a 1945 temíamos al famoso DIP que, es evidente, limitaba nuestro trabajo. Después hubo un nuevo período de entera libertad” (Costa, 1975: 90-91).

La propuesta de Sáenz Hayes se centra en poder comprender lo que él denomina “el Brasil moderno”, aquel Brasil que superó la etapa de la república vieja, que ya no es exclusivamente productor de productos primarios con una población ruralizada y con gobierno oligárquico, sino una nación con desarrollo industrial en apogeo donde los sectores populares son partícipes de la vida política a diario. Este autor se preocupa especialmente por el deber de comprender a esa nación cuando afirma “Nosotros, americanos, debemos ser buscadores constantes de la verdad general y muy particularmente de la verdad de nuestros vecinos. ¿Quiénes son nuestros vecinos? ¿Cómo son nuestros vecinos? ¿Los conocemos como ellos merecen?” (Sáenz Hayes, 1942: 12).

En ese afán por querer conocer a fondo a la nación vecina y desde una visión auténtica, se ha embarcado en diversos viajes a través de Río de Janeiro, San Pablo y otras ciudades, analizando el recorrido histórico y geográfico que han tenido esos pueblos. Ese análisis lo complementa con las lecturas (el autor es crítico literario de profesión) de diferentes autores del nacionalismo brasileño, entre los cuales destaca las tareas de autores también destacados por Cruz Costa, tales como Silvio Romero, Euclides da Cunha, Oliveira Viana, João Ribeiro y particularmente Gilberto Freyre, a quien le dedica un extenso reconocimiento por su labor antropológica para el pensamiento social brasileño.

En la historicidad elaborada por Sáenz Hayes, quien se remonta a la etapa colonial, pasando por los imperios de Pedro I, Pedro II y la etapa republicana, el autor se preocupa por identificar el porqué de la aceptación del régimen político del Estado Novo, que en nuestro país era asociado a los fascismos europeos, como ya se ha dicho. Dentro de ese recorrido, el autor destaca al período de Pedro II (entre 1840-1889) como la etapa de mayor pacificación y estabilidad política en todo el siglo XIX conteniendo por primera vez un proyecto nacional, que será interrumpido por el surgimiento de la “república vieja” en 1889 donde se produce una situación de descomposición política y desorden social, cuasi anárquico en términos del autor que, a su vez, se sirve de análisis como los de Oliveira Viana y Euclides da Cunha (1942: 48-49).

Bajo ese estado de situación, Sáenz Hayes indaga en el pensamiento nacional brasileño y también realiza su propia indagación con entrevistas a intelectuales, opositores al Estado Novo, e incluso al propio presidente Getúlio Vargas por intermedio del diplomático Osvaldo Aranha. Lo interesante de esas entrevistas es que, tanto desde el oficialismo como desde sectores opositores, se reconocen las restricciones vigentes desde el punto de vista del liberalismo (libertad de prensa, elecciones libres), pero se identifica a este régimen de gobierno como el necesario para ese país, producto de las disputas y necesidades del pueblo brasileño. Un jurista y ex parlamentario no simpatizante con el varguismo, al ser entrevistado por el autor argentino ha afirmado:

“Yo no puedo admirar al presidente Vargas porque ha suprimido las libertades públicas (...) Pero sino le admiro, tampoco le odio, porque nos garantiza la vida contra los atropellos que en otras naciones consuman los sostenedores venales de las dictaduras. Creo que Getulio es un hombre enérgico, fuerte y bondadoso, con un desmedido amor de mando, eso sí. No lo creo capaz de ninguna barbaridad contra nadie (...) No es un intelectual, propiamente hablando. Desprecia a los librescos como Napoleón a los ideólogos. No es orador de la estirpe brillante que hemos tenido en el Imperio o en la República (...) Conoce, en cambio, el corazón del hombre brasileño, y posee, como don preclaro, el sentido de la adaptación. El secreto de su éxito consiste en no haber ido nunca contra ninguna corriente popular” (Sáenz Hayes, 1942: 153).

El propio autor argentino en su visita sintió una atmósfera que para nada es comparable con las dictaduras fascistas de la época. A decir suyo, el ambiente de la vida civil no parece ser diferente al de países con regímenes liberales, incluso afirmando que

no hay una militarización manifiesta de las ciudades de Río y San Pablo que son las que ha visitado, con la presencia, sí, del culto a la personalidad muy en boga por aquellos años en la vía pública. De más está aclarar que Sáenz Hayes ha visitado Europa durante las décadas de 1920 y 1930, por lo tanto estuvo en contacto con aquellas realidades. De Brasil dirá:

“falta aquí aquel rigor de colmena que ostentan las ciudades alemanas y el exhibicionismo un tanto teatral con que las camisas negras del fascismo italiano imprimen sus desfiles. Fuera del retrato del señor Vargas que sale al encuentro en todas partes, hasta en la más humilde tienda de modestos menesteres, el Brasil nos da una sensación de libertad individual efectiva y asegurada” (1942: 148).

A propósito, otro jurista entrevistado por el autor argentino añade que el presidente Vargas ha perdido su vocación democrática, al menos de manera transitoria, pero advierte: “No vaya usted a creer que nuestro régimen se asemeja al fascismo italiano o al nacionalsocialismo alemán (...) Nuestro régimen bien pudiera denominarse *getulismo*, fruto exclusivamente del clima y de las costumbres brasileñas” (Sáenz Hayes, 1942: 152).

Por otra parte, en cuanto a la persecución de las fuerzas brasileñas, el autor indaga, teniendo como respuesta la palabra de un periodista y director de un periódico opositor. El entrevistado le afirma que la persecución es efectiva principalmente hacia los comunistas, pero más allá de la censura mencionada a los medios “no molesta a los que, como yo, pensamos de manera distinta a la del presidente de la nación. El señor Vargas sabe que no alabo su régimen y no me molesta” (Sáenz Hayes, 1942: 150). Es notorio que el mismo periodista compara el gobierno de Vargas con el imperio de Pedro II, misma impresión que tuvo Cruz Costa: “Todas las cosas andan más o menos como en tiempos de Don Pedro, lenta y suavemente. No hay presos políticos. En Fernando de Noronha sólo hay militares por faltas a la disciplina. Casi todos los desterrados han vuelto al Brasil” (Sáenz Hayes, 1942: 150).

Por último cabe agregar algo: el varguismo por entonces no había definido un partido político propio de forma rápida, como sí lo haría el peronismo en Argentina de cara a las elecciones de 1946. Uno de los juristas entrevistados por Sáenz Hayes resalta ese hecho como una virtud, aunque cae en la tentación de creer que eso derivaría necesariamente en un régimen autoritario al estilo europeo. Aquel jurista describe al

getulismo como: “la vuelta al patriarcado, organización social primitiva regida por un varón de espíritu absoluto y bondadoso a la vez, para quien la nación es una familia que debe vivir en buena armonía” (Sáenz Hayes, 1942: 152), resaltando que Vargas busca evitar que la nación se divida en partidos. Y, en sintonía, destaca de Vargas el hecho:

“que tampoco haya permitido la formación de un partido *getulista*. Gracias a eso vivimos en paz y respetan nuestras vidas y nuestros intereses materiales. Los partidos dictatoriales organizan la persecución y las venganzas y los que no perecen a manos de asesinos, acaban miserablemente en los campos de concentración que Brasil no conoce, en buena hora sea dicho” (Sáenz Hayes, 1942: 153).

Tomando la experiencia de Sáenz Hayes, se puede afirmar que el régimen del *Estado Novo* ha sido, en un momento muy particular de la historia (en medio de la Segunda Guerra Mundial, y frente a las presiones de grupos de “derecha” e “izquierda” como el *integralismo* y la Alianza Nacional Libertadora, respectivamente), la resultante de un nacionalismo pragmático, donde la democracia social y el interés por sostener la soberanía de la unión federal ha primado sobre los intereses de clase y los particularismos de las oligarquías estaduais.

A partir de la línea de Cruz Costa y Sáenz Hayes podemos afirmar que, si bien el pensamiento nacional brasileño con su pragmatismo, creatividad y definición sobre la marcha tiene sus raíces en la herencia portuguesa, es a partir de la Primera Guerra Mundial, con la crisis de las ideas europeas, cuando verdaderamente florece un Brasil pensado desde el propio Brasil, potenciando esa filosofía pragmática, que deba pensar una nación (todavía fragmentada con los poderes estaduais sobre el interés de la unión) en la cual se lleva a cabo una urbanización acelerada y un proceso de industrialización en crecimiento. Solo basta con pensar en el crecimiento exponencial de la ciudad de San Pablo que en cifras aproximadas ha pasado de 25.000 habitantes en la década de 1870 a 580.000 para la década de 1920 y más de un millón en los años '30 según los números aportados por Sáenz Hayes (1942: 56).

No es extraño pensar que, en parte, será por consecuencia de esa vocación de un nacionalismo pragmático con necesidad de resolver situaciones de coyuntura, lo que lleve

a Vargas a no desarrollar una doctrina duradera para su modelo político así como tampoco un partido propio recién hasta finales del Estado Novo, como veremos más adelante.

3.2 La construcción de Vargas desde la intelectualidad brasileña

3.2.1 La crítica de Darcy Ribeiro a los aportes de Weffort y Cardoso

Probablemente, Francisco Weffort sea uno de los autores más leídos, un clásico en universidades e institutos de educación superior de nuestro país a la hora de analizar el concepto de populismo desde Brasil y los gobiernos de Getúlio Vargas. La caracterización que realiza este autor sobre el populismo en general y el varguismo en particular, se basa principalmente en el aprovechamiento del líder sobre la masa de obreros, ante la crisis de representación abierta en 1930. En este punto no abundaré demasiado, ya que hay cantidad de artículos al respecto.

Weffort fue, además, miembro del PT (dejando el partido en 1994) y se ha desempeñado como ministro de cultura en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, miembro de la socialdemocracia brasileña y profundizador del modelo neoliberal en su gestión.

Fernando Henrique Cardoso, por su parte, también intelectual muy destacado especialmente ligado a la Teoría de la Dependencia, ha compartido caracterizaciones similares a las de Weffort sobre el período de Vargas (French, 1998: 64).

Vale resaltar que las obras más reproducidas de estos autores fueron escritas en el marco de la dictadura iniciada en 1964, dentro del contexto macro de la Guerra Fría, entre revoluciones populares triunfantes y golpes de Estado, donde la Teoría de la Dependencia y el marxismo latinoamericano era moneda corriente en el mundo intelectual.

Frente a ello y desde la óptica del pensamiento nacional, Darcy Ribeiro ha calificado a estos pensadores, quienes identifican al varguismo despectivamente como populismo, como intelectuales que demuestran poco apego a la tradición nacional y denigran los procesos de reformas estructurales que no se adaptan a su marco teórico:

“son los portavoces de la teoría del populismo que, simulando izquierdismo, desmerecen cualquier tentativa concreta de promover reformas estructurales, del mismo modo que se oponen a todas las revoluciones reales que ocurrieron en el

mundo. Actúan y hablan como si exigiesen que Getúlio fuera un Lenin, o que Jango (João Goulart) fuera un Mao, o Brizola algún Fidel” (Ribeiro, 1990: 198).

3.2.2 La legislación laboral de Vargas: entre el enfoque intelectual y el pensamiento nacional

Retomando el interrogante planteado sobre el final del apartado introductorio, cabe destacar que, en el período del *Estado Novo* entre 1937-1945, el gobierno de Getúlio Vargas reemplazó por decreto la constitución y suspendió la vigencia del Congreso. Al mismo tiempo el poder ejecutivo logró avanzar en transformaciones de las más importantes del siglo XX brasileño. Una de esas transformaciones tuvo que ver con el decreto de mayo de 1943 que dictamina la famosa *Consolidação das Leis do Trabalho* (CLT) ya mencionada.

Desde entonces, la mayoría de los detractores del varguismo interpretaron esta iniciativa como una copia lisa y llana de la legislación laboral de la Italia fascista, especialmente por suceder en medio de un gobierno que había suspendido la vida democrática, desde el punto de vista liberal. Una buena cantidad de intelectuales, tanto brasileños como de otras nacionalidades, han caído en la tradicional y cómoda posición de asociar la legislación “trabalhista” a la Carta del Lavoro de Mussolini, sin mayor análisis.⁸

Si tomamos el caso argentino, debemos mencionar la concreción de diferentes leyes protectoras al sector obrero a través de los decretos de la etapa de Juan Domingo Perón como secretario de trabajo y previsión en la misma época (1943-1945) y también en el marco de un gobierno autoritario. A la legislación laboral peronista le fue aplicada la misma interpretación que a Vargas, sobre la inspiración en la legislación de la dictadura de Mussolini en Italia.

Dichas interpretaciones que llevan a la relación con la Italia fascista deben entenderse, por un lado, en el marco de los conflictos internacionales dentro de la lógica

⁸ Un buen ejemplo puede leerse en esta nota del año 2016, sobre el golpe contra Dilma Roussef, del escritor Horacio González en Página/12. Allí resume el incómodo revisionismo al que tuvo que apelar el PT frente al juicio contra Dilma, buscando orígenes políticos en un varguismo que no le termina de cerrar: “(Vargas) siempre fue recordado por las izquierdas brasileñas bajo la incómoda faz del ‘primer Vargas’, el que traza su legislación laboral a imagen de la Carta del Lavoro mussoliniana”. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-308433-2016-09-02.html>

geopolítica del enfrentamiento entre aliadófilos (ya sean liberales, antifascistas, pro-norteamericanos, anglófilos o simpatizantes de la URSS) y aquellos que apoyaban al eje por cualquiera de las razones (germanófilos, simpatizantes del fascismo, del falangismo, anticomunistas). Pero, además, debe verse aquí una incapacidad para pensar desde la región y para la región, quitándose las anteojeras europeizantes. Con ello me refiero a la incapacidad de pensar la realidad social y política latinoamericana con nuestros propios ojos e interpretar cuál puede ser la mejor alternativa para nuestros pueblos.

En este último sentido, vale destacar la importantísima labor que llevaron adelante las gestiones de Vargas y Perón, con el fin de acercar posiciones y lograr por primera vez una verdadera integración regional, cuyo punto final sería el famoso ABC, con la integración de Chile también.⁹ A propósito de estos intercambios, en materia laboral, algunos autores destacan el trabajo de ambos países. En este sentido, el reconocido historiador norteamericano especialista en Brasil, Thomas Skidmore, afirma que “Perón estudió con interés las políticas laborales que Vargas aplicó durante su Estado Novo, y Vargas fue acusado posteriormente de conspirar para crear un sistema “peronista” en Brasil” (Skidmore, 1994: 220). Por otro lado, Luiz Moniz Bandeira, reconocido pensador brasileño, destaca para la misma época que “Farrell no ocultaba su admiración por Vargas y por Brasil, Perón tampoco. El Estado Novo se les prefiguraba como un ejemplo” (2004, 187).

Darcy Ribeiro ha sido claro al respecto, otorgando mayores precisiones sobre las bases de inspiración de la política laboral brasileña (y argentina). Ribeiro consultado por la CLT ha afirmado:

“La democracia, como estaba organizada aquí y en la Argentina (antes de Perón), era una democracia del poder económico. (...) Uno de los argumentos de la derecha era justamente ese: acusaban a Getulio y a Perón de fascistas, como un modo de combatirlos. Muchos dicen que él se había inspirado, al alentar la organización sindical, en la Carta del Lavoro de Mussolini. También dicen lo mismo de Argentina. Pero eso es ignorancia. Lo que influyó en los dos países fue la decisión de hacer un estado que procurase atender a todas las clases sociales.

⁹ Fue muy destacada la tarea realizada por el embajador brasileño João Batista Luzardo, nexo fundamental entre Vargas y Perón por aquellos años.

Hoy, en cambio, hay una política de caridad” (Ribeiro, citado por Fernández Baraibar, 2004: 65).

Complementariamente, Ribeiro se sirve de la hipótesis de Alfredo Bosi, para quien la tradición “trabalhista” en el Brasil está mucho más vinculada al positivismo de principios del siglo XX y las experiencias de los gobiernos de Río Grande do Sul. En entrevista del año 1995 con el programa Roda Viva el autor afirma que:

“Lindolfo Collor, aquí en una de las estupideces brasileñas, pidió considerar que la legislación laboral de Getúlio fuese una legislación fascista, de la Carta del Lavoro. Hay un libro de Alfredo Bosi donde él muestra que no. Que es positivista, fue copiada del sindicalismo positivista de Argentina y Uruguay. Pero Brasil vivió de esas falsas ideas. Entonces, organizándose el sindicalismo (se refiere al retorno democrático), el PT fue en contra, tenía odio al impuesto sindical, decía que era de *pelegos*¹⁰” (Roda Viva, 2018, 1h9m10s)

Hacia el final de la cita, el pensador brasileño hace alusión al posicionamiento del PT frente a la legislación trabalhista, cuestión que se retomará más adelante.

Es importante destacar la influencia de la Doctrina Social de la Iglesia (de las encíclicas Rerum Novarum y Quadragesimo Anno) en la formulación de dichas leyes laborales, así también como la realidad de otros países, incluyendo algunos de la región como México, donde ya existía una potente legislación laboral y social que tuvo su origen con la Constitución de 1917 surgida al calor de la Revolución Mexicana, y que se efectivizó con la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940).

Por lo tanto, se considera que soslayar los intercambios promovidos entre intelectuales y políticos de la región, miembros de las iglesias y dirigentes sindicales de la época, a cambio de copiar modelos del fascismo europeo, constituye un error ligado a la colonización pedagógica, como a la subestimación de los actores sociales de nuestramérica.

¹⁰ El término *pelego* en Brasil hace alusión a un tipo de dirigente sindical burocrático, alejado de las bases y negociador frente a gobiernos antipopulares.

3.3 Vargas y la universidad: el caso de Anísio Teixeira y las representaciones pedagógicas de la intelectualidad

En este punto, se abordará uno de los puntos clave del proyecto de Getúlio Vargas, como lo fue el proyecto universitario y sus características, junto a los inconvenientes que existieron para efectivizar una política universitaria que sea plenamente apoyada por la intelectualidad representada por diversos pensadores y pedagogos brasileños. Para ello se toman en cuenta algunos pensamientos volcados en la Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos (RBEP) editada desde 1944, con particular énfasis en los análisis realizados hasta 1954 por Anísio Teixeira, uno de los principales pensadores de la pedagogía brasileña de mediados de siglo XX y fuente de consulta del mencionado Darcy Ribeiro.

Cabe destacar que los artículos de Anísio Teixeira publicados en la RBEP a partir del momento en que él se convierte en su director en 1952 fueron posteriormente recopilados en la obra *A educação e a crise brasileira* (La educación y la crisis brasileña) editada en 1956 por la Compañía Editora Nacional. El nombre de la propia obra puede resultarnos un tanto revelador en función de lo que el propio autor interpretaba como crisis en el propio país, es decir una educación en crisis tras los gobiernos de Vargas.

También es importante destacar que Anísio Teixeira fue miembro, junto a otros pedagogos, de la corriente denominada *escola nova* (escuela nueva) que reprodujo en Brasil los parámetros de la educación renovadora con teorías pedagógicas del hemisferio norte, particularmente las del teórico norteamericano John Dewey, a quien Teixeira le dedicó un extenso artículo en la RBEP denominado *Bases da teoria lógica de Dewey*. Sin desmerecer la obra deweyana, se puede interpretar esta situación en clave de lo que Arturo Jauretche denominaba como “colonización pedagógica” teniendo en cuenta también lo que ha mencionado Juan José Hernández Arregui cuando afirmó que en los países de la periferia “La universidad es un disfraz del imperialismo cultural” que cuenta con la tarea servil de desarraigar al estudiante y transformarlo en “europeo o norteamericano” (Hernández Arregui, 2011: 92).

3.3.1 Algunos antecedentes de la universidad brasileña

De manera contraria a lo sucedido en la América Española, el imperio portugués no se dedicó a fomentar la educación universitaria en su territorio americano. Si nos posicionamos a comienzos del siglo XIX, podemos ver que en los virreinos españoles

existían funcionando más de 30 universidades tal como lo indica Guillermo Furlong (1960), mientras que en la colonia portuguesa no existían más que un puñado de colegios superiores jesuitas, que carecían de rango universitario. Esto se debe a que la estructura universitaria portuguesa estaba centralizada en la Universidad de Coimbra, con sede en la metrópoli europea, generando una dependencia de las personas que se formaban en cualquiera de los institutos superiores del imperio hacia esa universidad, tal como afirma Ana Waleska Mendonça (2000). De cualquier manera, la autora mencionada se sirve del análisis de diferentes pedagogos como Fernando de Azevedo y Anísio Teixeira para indicar, en palabras de éste último, que todos los estudiantes del imperio (europeos o americanos) provenían de la misma extracción social y que los brasileños educados en Coimbra eran identificados como “portugueses nacidos en Brasil” (Mendonça, 2000: 133). Además de eso, desde la propia corona portuguesa se consideraba que la universidad ya formaba suficientes técnicos y funcionarios para las necesidades del imperio.

De esa forma se puede afirmar que no hubo impulso para el desarrollo de universidades en el territorio brasileño durante el período colonial, más allá de los institutos superiores ya mencionados que estuvieron bajo la órbita de los jesuitas hasta el desarrollo de las Reformas Pombalinas en la segunda mitad del siglo XVIII. Esta situación que continuó durante el siglo XIX, solo fue modificada parcialmente por el imperio brasileño con la creación de nuevos institutos superiores y fue recién durante el período de la “república vieja” (1889-1930) cuando el gobierno federal consideró financiar la creación de las primeras universidades que fueron, en palabras de Mendonça, “el mero conglomerado de escuelas profesionales (institutos superiores) sin ninguna articulación entre sí” (2000: 136), las cuales a pesar de estar reunidas en una universidad continuaban funcionando de manera aislada.

Es importante tener en cuenta que en la etapa de la república vieja (hasta la revolución de 1930), Brasil careció de un proyecto político nacional en sentido amplio, al tiempo que desde el gobierno federal se sostuvo un modelo fragmentado bajo los intereses particulares de las oligarquías estatales (con mayor peso por parte de las oligarquías paulista y mineira). Esto privó a las instituciones universitarias de contar con un proyecto unificador en materia educativa, al tiempo que la universidad se mantuvo dentro de los márgenes de la elite, aun cuando en los países de la región se estaban produciendo movimientos de reforma universitaria (el caso argentino de 1918 es el más paradigmático).

Justamente al calor del movimiento reformista latinoamericano, se produjeron algunos movimientos de protesta en Brasil, contando entre sus productos con el Manifiesto de los Estudiantes de Río de Janeiro de 1929, reproducido por Gabriel Del Mazo (1968), donde los estudiantes cariocas critican la conducción elitista de las universidades y reivindican fuertemente a los reformistas argentinos junto con varias de sus propuestas para aplicar en el vecino país. Eso sí, los estudiantes brasileños dejan en claro que su modelo propone la no interferencia estatal cuando afirman que buscan la “destrucción de la enseñanza monopolizada por el Estado y constitución de la Universidad en órgano vivo y vitalizante” (Del Mazo, 1968: 205). Y si bien se refieren al Estado oligárquico (en crisis por entonces), también será el estado durante las presidencias de Getúlio Vargas un foco de tensión para los estudiantes universitarios. A propósito, retomamos a J.J. Hernández Arregui quien aportó claridad afirmando que “La universidad, en los períodos de alteración histórica, es la manifestación más revoltosa del descontento social” (2011: 90).

3.3.2 Getúlio Vargas y las reformas de la universidad brasileña

La propuesta educativa impulsada por los diferentes gobiernos de Vargas (a partir de 1930) fueron interpretadas a menudo como autoritarias, contrarias a la libertad de cátedra, atentando contra el espíritu de una educación que respete las diferencias culturales dentro de Brasil. En general estas interpretaciones provinieron de pedagogos que fueron formados en universidades europeas y norteamericanas. Por eso, aun cuando se reconozca al varguismo la tarea de la ampliación y la universalización del acceso a la educación universitaria (uno de los puntos que reclamaban los estudiantes en el Manifiesto de 1929), su centralismo en cuestiones administrativas y la acusación de falta de formación profesional de docentes y directivos fueron los principales argumentos de cuestionamiento a dicha labor.

La situación mencionada puede afirmarse un tanto paradójica ya que, mientras la autoridad del estado federal creció y los gobiernos de Vargas dotaron a Brasil de una unidad nacional y una autoridad política que sobreponga los intereses del pueblo y de la nación a los de las oligarquías estaduais, la propia *intelligentzia* (en términos de Jauretche), que podemos caracterizar progresista, cuestionó duramente la falta de autonomía estadual en materia educativa. El caso de Anísio Teixeira es ejemplificador,

criticando la actitud tomada por el gobierno de Vargas, incluso a instancias de ser funcionario público.

3.3.3 La Reforma Campos de 1931

En 1931, un año después de la revolución que puso fin al período oligárquico de la república vieja, a través del decreto presidencial N° 19.851 fue implementado el Estatuto de las Universidades en Brasil, más conocido como la Reforma Campos, recibiendo ese nombre por Francisco Campos, quien fuera ministro de educación y de justicia del gobierno de Vargas. Campos a su vez, fue impulsor de la Constitución brasileña de 1937, la cual da inicio al período denominado como *Estado Novo*. Años más tarde será recordado por elaborar el documento que dio vida a la dictadura de 1964.

Respecto a la reforma de 1931, el texto consta de 115 artículos y tiene por objeto realizar una reestructuración completa de la educación superior en Brasil, que hasta entonces contaba con un puñado de universidades públicas estatales (excluyendo la Universidad Federal de Río) e institutos superiores *isolados*¹¹.

En sus primeros cuatro artículos esta reforma explicita cuáles son las funciones políticas y sociales que debe cumplir la universidad en Brasil, entre los cuales se destacan: la grandeza de la nación, el perfeccionamiento de la humanidad, la necesidad de paz y el beneficio de la cultura nacional, además de explicitar funciones particulares de formación, capacitación e intercambio universitario. En cuanto a su organización interna, el estatuto indica cuál será la tarea del rectorado y consejos universitarios, al mismo tiempo que propone una equiparación de todas las universidades de Brasil, bajo la fiscalización del Consejo Nacional de Educación, dependiente del Ministerio de Educación y Salud Pública la fiscalización. De esta forma se garantiza que exista una validez en todo el territorio de títulos y cursos, aunque se podrán “admitir variantes regionales en lo que respecta a la administración de los modelos didácticos” (art. 3).

La normativa además fomenta la extensión universitaria, la investigación original y la organización y cooperación de estudiantes y docentes de la misma institución o con otras instituciones educativas. En cuanto al ingreso y permanencia, para aquellos

¹¹ Institutos de enseñanza superior aislados, autónomos unos de otros y administrados por los gobiernos estatales.

estudiantes que no pudieran costear los aranceles, el gobierno federal garantizaba el acceso mediante un sistema de subvenciones, que debieran ser administradas por los consejos de cada institución (artículos 106 y 107).

Mientras tanto, para mediados de la década anterior, se había conformado la *Associação Brasileira de Educação* (ABE), por parte de docentes críticos del régimen educativo en la república vieja. Esta agrupación constaba de dos grandes tendencias las cuales, tal como indica Mendonça (2000), se dividían entre los *ingenieros* (quienes buscaban desarrollar la ciencia y técnica para promover el desarrollo y la unidad nacional) y los *católicos* (quienes veían en la tradición católica la fuente para un proyecto de unidad nacional educativo). Lo cierto es que la reforma universitaria del varguismo desagradó a ambos grupos, los primeros criticaron principalmente el exceso de injerencia estatal, y los segundos principalmente el carácter laico de la educación universitaria.

A partir de la reforma va a surgir un nuevo grupo de educadores de la ABE, que emitieron un manifiesto en 1932, conocido como el *Manifesto ao Povo e ao Governo* (Manifiesto al pueblo y al gobierno), también conocido como el Manifiesto de la Escuela Nueva (por ende, *escolanovistas* a sus integrantes). Este grupo de pedagogos recogían la tradición norteamericana y en europea para la organización universitaria y proponían una universidad absolutamente autónoma del Estado. Dentro de este grupo estuvo Anísio Teixeira, quien fundó la Universidad del Distrito Federal en 1935 en Río de Janeiro (por entonces capital brasileña), la cual funcionó como tal hasta 1939. Frente a ello, el ministro de educación Gustavo Capanema fundó la Universidad do Brasil en 1937, retomando la tutela estatal de la Reforma Campos y estableciéndola como modelo patrón a seguir por el resto de las universidades.

3.3.4 La universidad como proyecto colonial o como proyecto nacional

La educación universitaria hasta la década de los '30 no tenía un carácter formativo ni tampoco popular, sino que era para una pequeña elite, la cual tampoco usufructuaba esos conocimientos en pos del desarrollo nacional. El propio Teixeira afirmaba que la educación superior brasilera consistía en “una enseñanza casi solamente para la camada más adinerada de la sociedad, siempre tendiendo a ser ornamental y libresca. No era una enseñanza para el trabajo, sino una enseñanza para el ocio” (Teixeira, 1956: 11).

Para este pedagogo, una de las preocupaciones centrales debiera ser la organización del sistema educativo nacional apuntando a la industrialización del Brasil. A su vez, ha considerado que los nuevos habitantes de las ciudades brasileñas llegados de los pueblos del interior profundo del país producto de las migraciones internas, carecían de una adecuada formación educativa cuando reconoce un problema en “el crecimiento vertiginoso de las grandes ciudades, con los resultados ya conocidos de la urbanización intensiva, agravada por la heterogeneidad y la ausencia de formación de los nuevos elementos transplantados” (Teixeira, 1956: 10). Sin embargo, para el autor hay dos elementos clave para el desarrollo de la educación universitaria que promueva el desarrollo nacional: la “verdadera autonomía” universitaria sin injerencia estatal, y el desarrollo de una cultura nacional que tenga en cuenta la diversidad de ideas, opiniones y orígenes sociales. Contra esas dos premisas atenta la autoridad central del estado federal y su proyecto universitario unificado para todo el territorio de la unión, junto con elementos que Teixeira denomina “conservadores” dentro del proyecto cultural de la nación.

“En la parte en que el Estado asume funciones que no le son privativas, la democracia recomienda un pluralismo institucional, que prevenga toda centralización perniciosa al principio fundamental de respeto de organización de la persona humana. (...) Ahora, es esa lucha democrática que se interrumpió entre nosotros en 1937 y que, retomada nominalmente en 1945, está lejos de haber hecho lo que ya debía tener realizado” (Teixeira, 1956: 104-105).

Por otra parte, aunque utiliza categorías típicas del liberalismo de aquellos años (cuando asimila al Estado Novo con el fascismo), reconoce que el mismo gobierno tampoco es totalitario al estilo europeo:

“Aunque no se puede considerar que el país, mismo en el período en que pasó por el coqueluche fascista, haya sido integralmente totalitario, el espíritu de las leyes del llamado Estado Novo fue el de la más extrema centralización, uniformidad y mecanización de la administración pública” (1956: 105)

Teixeira, en resumen, afirma que las características centralistas dieron como resultado que “la educación y la escuela son víctimas así de la organización monolítica del Estado, que no reconoció que los servicios de educación necesitaban de una organización propia y autónoma” (1956: 124), sumado a otras consecuencias como la “concepción errónea”

de que el proceso educativo podía ser objeto de control legal, la fiscalización y la mecanización como cualquier otro servicio fiscal.

Dentro de esta sección, se trató de contextualizar el desarrollo universitario brasileño y frente a ello el impulso a la educación universitaria nacional que le ha impreso la gestión de Getúlio Vargas, teniendo en cuenta que la universidad es parte de un proyecto cultural de la nación. Vemos que existieron críticas realizadas desde la intelectualidad tomando las palabras de uno de los principales referentes de la pedagogía brasileña, Anísio Teixeira (quien además fue director del Instituto Nacional de Estudios Pedagógicos) hacia las políticas educativas del presidente brasileño. No se duda de la buena intención de Teixeira, quien consideraba indispensable la educación universitaria para el desarrollo humano y económico de Brasil. Sin embargo, eso no lo apartaba de los parámetros del hemisferio norte, reivindicando los postulados de John Dewey en repetidas ocasiones a través de sus aportes en la RBEP. A su vez, el pedagogo brasileño haciendo alusión a la autonomía educativa, reivindica la tradición anglosajona a partir de la división religiosa con el protestantismo que, según él, fortaleció la diversidad cultural y el modernismo de aquellos países, ya que “No hay ilustración más estridente del enriquecimiento que representa para la cultura la división y pérdida de unitariedad que el movimiento de la Reforma en la religión cristiano-romana y después la multiplicación de las sectas del protestantismo” (Teixeira, 1956: 6). Esta situación lo enajenaba claramente de la realidad de nuestra región.

A pesar de su continuidad, el proyecto varguista en materia universitaria no fue sostenido desde la propia intelectualidad brasileña, al menos desde sus referentes más notorios. Una parte importante de la crítica y de la “crisis” educativa tuvo que ver con la ineficiente autonomía de la educación frente a los dictámenes del Estado. Por lo tanto, desde la perspectiva del pensamiento nacional latinoamericano entendemos que la propuesta de Teixeira, siendo uno de los principales pedagogos del país, colaboró de manera directa o indirecta para afianzar la dependencia intelectual de un país periférico como el Brasil.

Por último se puede inferir que, a diferencia del caso argentino donde el movimiento nacional peronista motorizó una segunda y definitiva fase de reforma universitaria con plena participación de todos los actores involucrados (sumando por ejemplo los trabajadores no-docentes), gratuidad y eliminación de la restricción al ingreso, entre otros méritos (Recalde y Villanueva: 2020), en el Brasil el impulso

varguista también propuso la democratización del acceso universitario recogiendo algunas de las demandas estudiantiles de la década de los '20, pero esos logros quedaron encerrados habitualmente dentro de un carácter “autoritario” resaltado por la intelectualidad.

Sobre estos últimos aspectos podemos retomar las palabras de Hernández Arregui, quien afirmó que en los países periféricos quienes se empeñan en defender la autonomía universitaria sin saberlo están luchando por afianzar el colonialismo, ya que:

“Tal autonomía no existe. La Universidad es un órgano del Estado. (...) por eso, el cuerpo de profesores es disciplinado y refleja el pensar del Estado, o sea, de aquella filosofía, históricamente colonizada de la clase dominante (...) Creer en la independencia de la Universidad porque elige sus profesores sin la intervención aparente del Estado, es un sofisma en cuyo mantenimiento está interesado el propio Estado colonial. (...) En una verdadera nación el Estado designa sus profesores. La universidad, tanto en las naciones metropolitanas como en los países coloniales, forma parte del Estado, es una dependencia burocrática” (Hernández Arregui, 1969: 188-189).

Es decir que, a la universidad la manejan las oligarquías en función del colonialismo, o la maneja el gobierno revolucionario en función de la nación. Esto último quedó en evidencia en el proyecto nacional de Vargas y contra ello se volcó buena parte de la intelectualidad.

4. EXPERIENCIA CONSTITUCIONAL DEL VARGUISMO: VIGENCIA Y LEGADO A LA LUZ DE LAS GENERACIONES CONSTITUCIONALES

En esta sección se analizarán las diferentes generaciones constitucionales del Brasil, contrastando con el caso argentino y resaltando el avance social del constitucionalismo brasileño durante el período varguista, el cual ha promovido una serie de avances en materia de justicia social y nacionalismo económico, al tiempo que dotó al gobierno federal de una fuerte autonomía por sobre las oligarquías estatales que habían sostenido su predominio en el período de la “república vieja” entre 1889-1930 (particularmente las oligarquías de San Pablo y Minas Gerais).

Para ello se toman en cuenta los aportes de Jorge Cholvis quien, a partir de su revisionismo constitucional nos trae una importante clasificación de los textos constitucionales según su genealogía y según sus generaciones (Cholvis, 2019). Para el autor, la genealogía está vinculada con dos raíces de surgimiento: por un lado las americanas que conforman un régimen político republicano, federal y presidencialista, por otro, las europeas que proponen regímenes con monarquía parlamentaria, unitario y parlamentarista. Para el caso de las generaciones constitucionales, Cholvis menciona tres etapas históricas distintas: primero las que tienen arraigo en los sistemas liberales del siglo XIX, luego las ligadas a la democracia social en la primera mitad del siglo XX, y finalmente las elaboradas en la época neoliberal (Cholvis, 2019). Si bien el autor hace sus aportes para el caso argentino, esa clasificación aplica también a la realidad regional.

Para el caso brasileño si tomamos en cuenta la genealogía americana y las tres generaciones, se puede asociar la Constitución republicana de 1891 a la primera generación, las sancionadas durante el período varguista (entre las décadas de 1930 y 1940) dentro de la segunda generación, y la última de 1988 a la tercera. Bajo estos criterios se debe exceptuar la primera Constitución del Imperio del Brasil de 1824 que concuerda con la genealogía europea, por estar vinculada al movimiento liberal portugués que promovió la sanción de la propia en 1822, así como la reforma emitida por decreto del Acto Institucional N°4 de la dictadura brasileña en 1967.

4.1 Antecedentes constitucionales del Brasil y la tensión entre constitución real-escrita

Luego de la etapa monárquica desde su emancipación, el período republicano en Brasil tuvo su inicio en 1889, poniendo fin a la monarquía de Pedro II y desde entonces creando un gobierno encabezado por las oligarquías estatales que se alternaron en el poder hasta 1930. En palabras de Bernardino Bravo Lira: “el caudillismo que la monarquía había mantenido a raya no tardó en irrumpir con fuerza arrolladora” (1988, 213). Dentro de esa etapa, conocida como la “república vieja”, Brasil careció de un proyecto político nacional en sentido amplio, al tiempo que desde el gobierno federal se sostuvo un modelo fragmentado bajo los intereses particulares de las oligarquías, en mayor medida, de San Pablo y Minas Gerais que poseían las principales riquezas primario exportadoras en momentos en los cuales el país se insertaba en el mercado capitalista internacional. Bajo ese régimen de gobierno se sancionó la Constitución de 1891, la cual

estableció un régimen republicano federativo, donde cada estado contaba con alto grado de autonomía y partidos políticos propios, mientras el gobierno de la unión se reservaba algunas potestades como la representación externa del país y la aprobación de endeudamiento externo. A su vez se consagró la visión liberal en la concepción de derechos, aunque se mantuvo un proyecto de poder excluyente hacia los sectores populares.

El régimen de la república vieja, sustentó en el poder a un grupo minoritario de la población, que se encargó de reprimir diferentes revueltas y resistencias de otros grupos sociales hasta 1930. Ese año, la revolución encabezada por Getúlio Vargas, contó con la participación de sectores que habían quedado marginados del poder político de la república vieja como algunos representantes de oligarquías no *mineira* ni *paulista*, estratos medios, profesionales, industriales y miembros de las fuerzas armadas que compusieron el movimiento tenentista. A su vez, la participación de los sectores populares en una serie de huelgas y rebeliones en la década de 1920 y la situación de crisis económica a finales de esa década agravó más el panorama para el sostenimiento del régimen político (Fausto, 2003).

Como se mencionó, la revolución de 1930 contó con un conglomerado heterogéneo de figuras que, además de oponerse al régimen oligárquico, presionaban desde hacía años para modificar las condiciones de acceso al poder político en general, pero sobre todo para modificar la configuración de los derechos sociales y económicos. Siguiendo a Jorge Cholvis, “para comprender la Constitución debe entenderse su núcleo valioso: la concepción filosófica que la anima” (2019: 9). En este punto, es importante retomar el concepto que nos trae el autor, en relación a la constitución real y la constitución escrita. Por una parte, la “constitución escrita” atañe solamente al aspecto jurídico-formal de un texto constitucional, lo cual no necesariamente refleja los mecanismos reales de la vida política de ese país. Y es esto último que Cholvis denomina “constitución real”.

Teniendo en cuenta estos conceptos, es el propio pueblo a través de sus actores sociales, partidos y organizaciones, quienes presionan en determinados momentos para reajustar ese texto, y hacer de la constitución real, una escrita. Por lo tanto, en los momentos en que se produce una reforma, ese nuevo texto constitucional responde a una correlación de fuerzas que dan sentido al régimen político y al proyecto de país reflejado. Siguiendo al autor: “no se puede desconocer que la Constitución, más que un instrumento

jurídico, es la institucionalización al más alto rango normativo de un Proyecto de Nación definido, compartido y apoyado por los más amplios sectores de la población” (Cholvis, 2019: 9).

Esto se ha verificado en épocas de crisis de la crisis de la monarquía brasileña, conjuntamente con el ingreso al mercado capitalista internacional, donde las fuerzas liberal-oligárquicas producen el primer gran cambio de régimen del que hablamos anteriormente, acompañado por la Constitución de 1891.

Por su parte, el gobierno provisional de Getúlio Vargas, como forma de legitimar su poder y reforzar la autoridad del gobierno de la unión sobre las oligarquías estaduais, impulsó la reforma constitucional que dio vida a la Constitución de 1934, con una mirada renovadora enmarcada en la incorporación de los derechos sociales del pueblo brasileño, muchos por los cuales las distintas fuerzas de oposición al pacto oligárquico brasileño como el movimiento obrero, el movimiento estudiantil, sectores medios profesionales y diversos sectores de las fuerzas armadas habían estado impulsando.

4.2 La Constitución de 1934 como hito en la política brasileña

El proyecto revolucionario que triunfó en 1930, tuvo logro plasmar el proyecto de nación que buscaba en el texto constitucional de 1934. Esta Constitución, dentro del marco de la armonía de clases, logra por primera vez incorpora una serie de derechos para las mayorías populares que consisten en la ampliación y participación democrática plena, el respeto a la legislación laboral, dando al Estado Federal la potestad de arbitrar entre los intereses del pueblo trabajador y el capital empresario. Esta exigencia por parte de la sociedad se torna una responsabilidad fundamental en manos del Estado, si tenemos en cuenta el precepto de Raúl Scalabrini Ortiz quien advertía lo siguiente: “no olvidemos que aquello que no se legisla explícita y taxativamente a favor del débil, queda legislado implícitamente a favor del poderoso. No es el poderoso quien necesita amparo legal. Él tiene su ley en su propia fuerza” (Scalabrini Ortiz, 1948: 5).

Yendo al análisis de la primera constitución varguista, dentro del Título III denominado “De la Declaración de Derechos” se destacan los artículos 108 y 109 los cuales refieren a la ampliación del voto hacia sectores anteriormente excluidos, en

particular las mujeres, quienes no habían tenido la potestad de elegir autoridades en elecciones nacionales.

A su vez, el Título IV “Del orden Económico y Social” contiene importantes avances legislativos. Respecto a lo económico se destaca el artículo 117, el cual promueve el desarrollo de una “economía popular” y dictamina la nacionalización progresiva de bancos y empresas de crédito que estuvieran en manos extranjeras, bajo un régimen de sociedades brasileñas, prohibiéndose además el desarrollo de la usura. Mientras que el artículo 119 indica que todo tipo de explotación de minerales y caídas de agua dependen de autorización y concesión del estado federal.

Sobre la cuestión laboral, los artículos 120, 121 y 122 dejan plasmado constitucionalmente los derechos que habían sido incorporados en los años anteriores a través de la legislación previa. Se destacan el reconocimiento de sindicatos y asociaciones profesionales, la protección social del trabajador urbano y rural, sin distinción del trabajo manual y el intelectual, reconociendo la igualdad de remuneración por igual tarea (sin discriminar por sexo, edad, nacionalidad o estado civil), salario mínimo, jornada laboral de 8 horas, prohibición del trabajo infantil, descanso semanal (preferentemente el día domingo), vacaciones pagas, indemnización por despido, protección y asistencia a la gestante, licencia por maternidad, regulación de todas las actividades laborales y reconocimiento de los convenios colectivos de trabajo. Para garantizar estos derechos y arbitrar en las disputas obrero-patronales el Estado instituye la creación de la Justicia Laboral, estableciendo que:

“La constitución de los Tribunales del Trabajo y de las Comisiones de Conciliación obedecerá siempre al principio de elección de miembros, mitad por las asociaciones representativas de los empleados, y mitad por las de los empleadores, siendo el presidente libremente escogido por el Gobierno”.
(Constitución de la República, 1934: Art 122)

4.3 Las constituciones de 1937 y de 1946

Como se ha mencionado en la tercera parte de este trabajo, de los cuatro períodos presidenciales que tuvo Getúlio Vargas, sin duda el más criticado por la intelectualidad fue el período del denominado “Estado Novo” entre 1937 y 1945, donde se han

suspendido comicios y la Constitución de 1934 quedó reemplazada por la nueva Constitución de 1937 aplicada por decreto. Por otra parte, este también fue un período con importante cantidad de reformas estructurales, a través del cual el gobierno federal implementó muchos avances en nacionalización económica y en legislación social. Según Bernardino Bravo Lira, el período del Estado Novo entre 1937-1945, estuvo marcado por un aumento marcado en la autoridad del gobierno federal sobre los estados y en el refuerzo del presidencialismo que se reforzó “no sólo en los textos constitucionales, sino sobre todo por vías extraconstitucionales, a través de las instituciones y las prácticas de gobierno” (Bravo Lira, 1988: 216-217).

Tal como indican Bohovslavsky y Martín (2014), la constitución de 1937 fue conocida en Brasil como “la polaca” por haber estado, al menos en parte, inspirada en la constitución de Polonia de 1935, impulsada por el Mariscal Josef Pilsudski que avanzó hacia un régimen autoritario, aunque esa comparación en su época también fue puesta en relación a los regímenes fascistas europeos, tal como lo han impulsado los sectores liberales en Brasil y Argentina.

Lo cierto es que, a pesar de condenar al comunismo y crear un régimen de excepción que sostuvo en el poder a Vargas, la constitución de 1937 no implicaba cambios sustanciales en la legislación social respecto a la de 1934.

Ante los cambios políticos internacionales, la finalización de la Segunda Guerra Mundial y el alineamiento del gobierno brasileño con los Estados Unidos, que promovían “democracias” por entonces (vale recordar la campaña del embajador Braden contra el denominado “naziperonismo” por las fuerzas políticas antipopulares en Argentina), el Estado Novo de Vargas vio su fin a través de un golpe de Estado en 1945, y su desplazamiento motivó la celebración de elecciones que dieron la presidencia a Gaspar Dutra. Al año siguiente, en 1946, el gobierno de Dutra impulsó una nueva reforma constitucional, que no se alejó de las anteriores, aunque reúne una serie de conceptos interesantes como el de “justicia social” dentro del artículo 145, destacable junto a la definición del rol social de la propiedad en el mismo artículo.

Es importante destacar que, bajo esta constitución, Getúlio Vargas logró volver a la presidencia, por última vez en 1951 hasta su muerte en 1954. La constitución de 1946 ha sido la norma vigente desde entonces hasta la suspensión por parte del golpe de Estado

antipopular y servil a los mecanismos de exclusión social que mantuvieron el poder brasileño con la dictadura desarrollada entre 1964 y 1985.

También es interesante reconocer un paralelismo entre la generación constitucional social brasileña entre las décadas de 1930 y 1940, con el período constitucional justicialista argentino al cual alude Jorge Cholvis (2012). El autor indica que los constituyentes argentinos, encabezados por Arturo Sampay, han realizado una ardua tarea de análisis de constituciones vigentes en la región, las cuales sin duda han servido de inspiración para elaborar la nueva carta magna de nuestro país en 1949.

De la misma manera que la generación constituyente del varguismo y del justicialismo han promovido el control sobre los recursos y han fomentado el rol social de la propiedad, estas legislaciones han sufrido la abolición por parte del golpismo antipopular de ambos países, servil a los intereses oligárquicos. Para el caso argentino fue durante la dictadura de Aramburu en 1956, ya que “la nueva orientación que el Plan Prebisch daba a la política económica tropezaba con disposiciones de la Constitución de 1949, aún vigente en esa época” (Cholvis, 2012: 50). Para el caso brasileño, fue a partir del Acto Institucional 1 de la dictadura de Castelo Branco en 1964, que tuvo como objetivo establecer, tal como indica Luiz Bresser-Pereira, un “pacto político autoritario y excluyente” entre la tecnoburocracia, sectores de la burguesía local y las empresas multinacionales, con la “exclusión radical, de carácter económico y político, de los trabajadores y de amplios sectores de la clase media asalariada y de la pequeña burguesía” (Bresser-Pereira, 1985: 104).

4.4 La Constitución de 1988, el contexto neoliberal y las continuidades de la herencia constitucional varguista

Restituida la democracia en 1985 luego de 21 años, la clase política brasileña se volcó hacia el debate por un nuevo texto constitucional que reemplace al establecido por el gobierno dictatorial en 1967. Respecto al régimen de gobierno, tal como indica Marcelo Figueiredo (2008), en aquel debate cobró nuevo impulso la iniciativa de retomar el parlamentarismo que había regido durante el período del imperio durante el siglo XIX, promoviéndose la idea de un “parlamentarismo dual” en el anteproyecto de la reforma. No obstante, la propia asamblea constituyente terminó inclinándose por sostener el

sistema presidencialista, lo cual fue ratificado por la voluntad popular mediante plebiscito en el año 1993.

Teniendo en cuenta los derechos sociales y económicos, en el texto no se evidencia un sustancial retroceso con respecto a lo garantizado por la serie de constituciones de la era varguista. En esto se puede ver un contraste con la experiencia constitucional argentina, donde la Constitución sancionada en nuestro país en 1949 fue erradicada por decreto durante la dictadura de Aramburu y su legislación, especialmente vinculada al dominio estratégico de los recursos por parte de la nación, nunca fue reincorporada.

Volviendo al caso brasileño, teniendo en cuenta el marco del Consenso de Washington y las recetas emanadas de los organismos financieros internacionales hacia los países de la periferia, la Constitución brasileña de 1988 que sostenía los preceptos generales del constitucionalismo varguista no parecía estar en consonancia con el signo de su tiempo. Tal es así que ese texto ha sufrido modificaciones mediante decretos sucesivos que formaron parte de la reforma del Estado brasileño. En este sentido, Figueiredo (2008) destaca tres grupos importantes modificaciones, realizadas a través de diferentes enmiendas constitucionales: en primer lugar, la extinción de determinadas restricciones al capital financiero, que suprimió el artículo 171 y modificó el 176; segundo, la flexibilización de los monopolios estatales; por último, las leyes que permitieron el Plan Nacional de Privatización. Todo eso tuvo como resultado la desestatización de empresas públicas, la extranjerización de la explotación de recursos y transporte, la desregulación del sistema financiero y la desprotección del capital nacional.

A propósito de lo anterior, interesa retomar a Jorge Cholvis quien, teniendo en cuenta que la etapa justicialista del constitucionalismo argentino fue abortada y silenciada a partir de la dictadura de Pedro Aramburu, afirma que tampoco fue retomada en la etapa neoliberal con la última reforma de 1994 que “excluyó de sus antecedentes a las normas de la Constitución de 1949 con lo que se contribuyó a efectivizar la finalidad de asegurar la aplicación de políticas que postraban a la Nación” (Cholvis, 2012). El camino brasileño fue inverso, ya que la reforma de 1988 incorporó la política social y económica de la etapa varguista, pero paulatinamente la fue desmembrando a partir de diferentes enmiendas constitucionales y leyes complementarias, para llegar al mismo punto que nuestro país: la famosa “Reforma del Estado”, tristemente célebre para los intereses nacionales de ambos países. Por lo tanto, en Brasil no se efectuó una total eliminación del componente

varguista a nivel constitucional, generando dos consecuencias: por un lado permitió al Estado federal preservar herramientas con mecanismos de control que atenúen los impactos del liberalismo; en segundo lugar no se fomentó una reacción social comparable con la Resistencia Peronista en nuestro país frente al intento de “desperonización” encabezado por Aramburu y Rojas.

5. MOVIMIENTO OBRERO EN LA ERA VARGAS: ENTRE EL TRABALHISMO Y EL COMUNISMO BRASILEÑO

5.1 El '45 brasileño: *queremismo*, movimiento obrero y PC brasileño

La etapa del Estado Novo, finalizada en 1945 con la destitución de Getúlio Vargas, con un movimiento que contó con el involucramiento de la embajada de los EE.UU.¹², tuvo su correlato con grandes manifestaciones populares bajo la consigna “Nós queremos Getúlio”, dando origen al movimiento denominado *queremismo* que sostenía su candidatura para las elecciones directas de aquel año.

Un dato interesante al respecto fue el posicionamiento del Partido Comunista Brasileño (PCB) frente al fenómeno de Getúlio Vargas, quien legalizó el partido en la etapa final del Estado Novo¹³. Frente a esos hechos, la actitud del PCB respecto al movimiento nacional brasileño dista mucho de la del PC argentino frente al peronismo.

Por entonces los partidos comunistas a nivel mundial se encontraban enrolados en la Comintern (Internacional Comunista) bajo el auspicio del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y desde allí se diagramaban las estrategias de su militancia a nivel internacional, como lo fue la creación de Frentes Populares antifascistas con otros partidos de izquierda hacia mediados de la década de 1930, o el posicionamiento respecto a los gobiernos de turno durante la Segunda Guerra Mundial, en base a lo dictaminado desde la Comintern. Teniendo en cuenta esta situación, se puede marcar una diferencia

¹² Cruz Costa (1968) amplía sobre la participación del embajador Adolfo Berle y los intereses del país norteamericano frente a la política petrolera de Vargas.

¹³ Recordemos que en esta etapa se aprobaron las leyes laborales bajo la CLT.

de actitud entre los partidos comunistas argentino y brasileño respecto a la estrategia laboral y política de Perón y de Vargas, respectivamente.

En el caso argentino, la dirigencia del PC mantuvo una férrea oposición al peronismo desde sus orígenes con los cargos ejecutivos de Juan Domingo Perón donde se lo asociaba al nazi-fascismo, posición que se mantuvo de manera más matizada hasta el derrocamiento en la etapa presidencial en 1955. Aquella actitud llevó a su conducción a compartir sus críticas en la prensa y en las calles con las más diversas tendencias del ala antiperonista, como el Partido Socialista, el radicalismo y el conservadurismo, conformando la Unión Democrática y recibiendo el apoyo del embajador de los Estados Unidos. La oposición del PC argentino no se daba solamente contra las figuras públicas de la revolución del '43 como Ramírez, Farrell o Perón (en cuya etapa se había continuado con la proscripción para luego legalizar al comunismo, de forma similar a lo sucedido bajo el Estado Novo varguista), sino también contra los simpatizantes del peronismo, que eran habitualmente tildados de *lumpen*, *malón*, *bárbaros* o directamente delincuentes, por parte de sus portavoces y de declaraciones oficiales del partido entre los que no se duda en realizar un llamamiento a “crear brigadas de higienización democrática”, “organizarse para la lucha contra el peronismo, hasta su aniquilamiento” y declarar que “Perón es el enemigo número uno del pueblo argentino” (Manifiesto “Higienización democrática y clarificación política” del 21/10/1945. Citado en Puiggrós, 1974: 171-172).

La actitud del comunismo brasileño respecto al fenómeno varguista en un principio fue similar, pero luego se distanció de la actitud tomada por Victorio Codovilla y otros dirigentes argentinos. Bajo el liderazgo de Luis Prestes, que no era intelectual sino militar de carrera y había sido uno de los jefes de los levantamientos de la década del '20 que terminaron con el régimen de la república vieja en 1930, el Partido Comunista fue inicialmente opositor al liderazgo de Vargas intentando una revolución fallida en 1935, lo cual le costó la prisión a Prestes. Sin embargo en 1945 el PC brasileño fue legalizado y junto con el Partido Trabalhista Brasileiro (creado por Vargas) se convirtió en uno de los principales apoyos populares en la causa *queremista*.

La actitud del PCB y de Prestes frente a los movimientos nacionales distaba de la tradicional postura defendida por la izquierda de aquel momento. Al respecto, el famoso escritor chileno Pablo Neruda, militante también del comunismo de aquel país, reproduce en sus memorias este debate entre Codovilla y Prestes sobre la naturaleza de los movimientos nacionales. Es muy elocuente Neruda al afirmar que:

“(Codovilla) Estaba preocupado, me dijo, por la incomprensión de Prestes ante la dictadura peronista. Codovila pensaba que Perón y su movimiento eran una prolongación del fascismo europeo. Ningún antifascista podía aceptar pasivamente el crecimiento de Perón ni sus repetidas acciones represivas. Codovila y el partido comunista argentino pensaban en ese momento que la única respuesta a Perón era la insurrección. Codovila quería que yo hablara del tema con Prestes. (...) No se podía encontrar dos hombres más diferentes, más antípodas. (...) ‘No hay fascismo en Argentina; Perón es un caudillo, pero no es un jefe fascista’, me dijo Prestes respondiendo a mis preguntas. ‘¿Dónde están las camisas pardas? ¿Las camisas negras? ¿Las milicias fascistas? Además, Codovila se equivoca. Lenin dice que no se juega con la insurrección. Y no se puede estar anunciando una guerra sin soldados, si se cuenta sólo con los espontáneos.’ Estos dos hombres tan diferentes eran, en el fondo, irreductibles. (...) Alguno de ellos, probablemente Prestes, tuvo la razón en estas cosas” (Neruda, 1988: 142).

Nótese la insistencia del líder del PC argentino en asociar la naturaleza del peronismo con el fascismo, la cual es refutada por Prestes, mucho más serio a la hora de caracterizar al movimiento político argentino, lo cual lleva a Neruda a compartir el posicionamiento del brasileño.

Esta actitud de apoyo, tomada por el PCB frente a la legislación *trabalhista* de Vargas, con ciertas reticencias lógicamente, le valió al comunismo brasileño sostener una fuerte base de apoyo en el movimiento obrero brasileño, especialmente en la región ABC del gran San Pablo. Al respecto, el historiador John French ha afirmado que: “trabajando en forma paralela a Vargas, el PCB eludió el choque abierto con el getulismo popular” (1998: 66). Como ya se dijo, esa actitud fue distinta a la tomada por la dirigencia del comunismo argentino y los resultados fueron distintos también: una identificación cada vez menor del grueso del movimiento obrero con los partidos de izquierda en Argentina, en favor del Partido Peronista, y una identificación fuerte del movimiento obrero urbano brasileño con el PCB.

A propósito, John French en su trabajo *Los trabajadores industriales y el nacimiento de la República Populista en Brasil, 1945-1946* ha centrado su trabajo en analizar este fenómeno argumentando que la salida del poder presidencial de Vargas entre los años 1945-1951 y el acercamiento del PCB al movimiento *queremista* explican la dificultad de dominación del *trabalhismo* sobre las bases obreras. Sobre el acercamiento

del comunismo brasileño al movimiento popular, el politólogo Alejandro Groppo (sobre quien vamos a profundizar más adelante) va más atrás en el tiempo y sostiene que el acercamiento entre Prestes y Vargas tuvo lugar en el temprano Estado Novo en el año 1938 indicando que “la censura que Vargas impone sobre la ANL no fue un hecho tan importante como fue asumido en la literatura” (Groppo, 2009: 268). De esa forma muestra que en diversas cartas escritas aquel año, Prestes propone que la política de la ANL debe ser democrática, nacionalista y de bienestar para el pueblo: “si la alternativa es o apoyar a Getúlio o ser testigos de una aventura fascista o aún de una invasión extranjera, nosotros los aliancistas apoyaremos a Getúlio” (Prestes, reproducido por Groppo, 2009: 268). Es fundamental destacar que en momentos donde el comunismo a nivel internacional planteaba la estrategia de los Frentes Populares, Prestes leyendo la realidad local fue más allá planteando luchar contra el fascismo bajo la necesidad de formar “un frente nacional para unir al pueblo con el gobierno” (reproducido por Groppo, 2009: 268).

Por ello, Groppo afirma que la “des-radicalización” del discurso de Prestes coincide con el acercamiento a Vargas, toda vez que propone la unidad nacional, por sobre la lucha de clases. Este será un factor que contenga a buena parte de la masa obrera en las filas de un comunismo que no se disocia de la realidad popular brasileña.

5.2 El *trabalhismo* a nivel ideológico, el proyecto del Partido Trabalhista Brasileiro y sus alcances

Una importante diferencia a tener en cuenta como se dijo al principio, es que el *getulismo* y el *trabalhismo* no han sido lo mismo. Por *getulismo* debemos entender al movimiento popular surgido desde la candidatura frustrada de Vargas en 1945 y sostenido durante su etapa de gobierno posterior, el cual ha carecido de una organicidad concreta. El *getulismo* ha sido punto de encuentro tanto de militantes del PTB, del PSD y del PCB, como así también un espectro amplio de militancia inorgánica, cuya principal demanda era sostener las medidas sociales implementadas por Vargas en las manifestaciones del *queremismo*, y posteriormente en la vuelta de Vargas al poder.

A pesar de esa falta de organicidad, había un punto de sostén ideológico que aglutinaba al *getulismo*, representado por el componente sindical del *trabalhismo* y electoralmente con el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB). Por tanto, podemos afirmar

que el *getulismo* fue la representación ampliada del apoyo popular del *trabalhismo* hacia la figura de Vargas.

Al respecto de este tema, una de las autoras que ha dedicado varios trabajos al estudio del PTB es Ángela de Castro Gomes. En su obra *Getulismo e Trabalhismo* (1987) junto a Maria Soares D'Araújo, las autoras afirman que el origen de Partido Trabalhista Brasileiro (PTB) está directamente ligado al Ministerio de Trabajo. La base de sustento de este partido tendría que ver con el *trabalhismo* que, si bien tomaba algunos elementos del laboralismo británico, no tenía un lineamiento ideológico preciso, además de carecer de una doctrina propia:

“El probable modelo inspirador del PTB fue el Partido Laborista Inglés, e sus bases fueron efectivamente montadas a partir de la estructura del Ministerio de Trabajo, o sea, con la utilización de los liderazgos sindicales y de los organismos de previsión. El PTB nacía bajo la impronta gubernamental” (Gomes y D'Araújo, 1987: 14).

Como ya se mencionó, a instancias de las elecciones de 1945, Getúlio Vargas creó un instrumento electoral propio, el *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB), el cual tuvo como objetivo aglutinar a los sectores sindicales bajo una misma organización partidaria. Sin embargo dicho partido, no contuvo con fuerza suficiente a las bases trabajadoras, muchas de las cuales continuaron militando orgánicamente en el PCB sosteniendo una alianza estratégica con el *trabalhismo*.

Esta situación, en parte, es contraria a lo ocurrido con el Partido Peronista en nuestro país, el cual logró incorporar una interesante cantidad de militantes obreros provenientes del socialismo y del comunismo, mientras la dirigencia política de aquellos partidos se mantuvo ajena al peronismo. Por lo tanto si hacemos un paralelismo podemos concluir en que el movimiento nacional en Argentina tuvo al justicialismo como estructura doctrinaria y al Partido Peronista como herramienta electoral, los cuales ambos lograron contener en buena medida la representación de los sectores obreros y populares, mientras que el *getulismo* transitoriamente lo hizo en Brasil mientras el PTB como herramienta electoral no cumplió exactamente el mismo objetivo.

Gomes y D'Araújo nos ayudan a pensar en otras características del PTB, que lo hicieron naufragar en su representación popular, respecto al Partido Peronista en el caso argentino. A fines prácticos podemos indicar que la representación electoral del

varguismo se veía dividida entre el PTB, el cual terminó siendo un partido del sindicalismo organizado, mientras los sectores de la burguesía y grupos militares se nucleaban en el PSD, y un importante sector de las bases obreras se mantuvieron fieles al PCB.

A su vez, el PTB presentaba al menos tres graves situaciones que se vinculaban con la falta de organización y las disputas internas, el propio rol ocupado por Vargas como una especie de “sombra” dentro del propio partido a pesar de no presidirlo él mismo, y fundamentalmente la carencia de una estructura doctrinaria.

Respecto al primer punto las autoras afirman que el PTB había surgido con la idea de canalizar en una representación electoral los esfuerzos que el Estado Novo hizo en función de la sindicalización de los trabajadores, por ello se buscaba que el partido lleve a los representantes sindicales a ocupar roles políticos “y en estos términos, ello fue bien exitoso (...) No obstante, el PTB desde muy temprano bucearía en una crisis abisal de organización. Es interesante observar que esta crisis será mayor, en todo el país, en la proporción que el éxito electoral aumenta” (Gomes y D’Araújo, 1987: 35-37). En segundo lugar afirman el PTB, a pesar de no haber sido presidido por Vargas, era su fiel reflejo, un partido hecho a su imagen y semejanza, eso mismo contribuía a una crisis interna por “falta de identidad” en la medida que el partido crecía aceleradamente y de forma desordenada, especialmente en los primeros años entre 1945-1948:

“El PTB estaba efectivamente vivenciando en el día a día la problemática de ser tanto un partido de trabajadores y líderes sindicales como un partido de Vargas (...) El ‘dueño’ del partido era mayor que el propio partido. Además de eso, había muchos que se autodenominaban herederos naturales y legítimos representantes de ese jefe político y ‘patrón’” (Gomes y D’Araújo, 1987: 38).

Dichos problemas no eran resolubles en función de la tercera problemática mencionada, que es la carencia de una *doctrina trabalhista*. A pesar de resaltar el esfuerzo de algunos ideólogos por formar cuadros a través de las *jornadas trabalhistas* en distintas ciudades, para las autoras en la práctica “trabalhismo era getulismo” y el propio *getulismo* no era otra cosa que la adhesión permanente a la figura de Vargas. Por lo cual “estructurar el PTB como organización política y construir un *trabalhismo* distinto de Getúlio, eran desafíos que, hasta cierto punto, se impusieron para la continuidad del partido y del propio liderazgo personal de Vargas” (Gomes y D’Araújo, 1987: 33). Esto se vio palpablemente

ante la muerte Vargas en 1954, quedando el partido presidido por personas allegadas, pero sin una conducción clara y carente de doctrina. Eso fomentó las disputas internas y las acusaciones mutuas entre sectores ligados a João Goulart que fueron acusados de izquierdistas por sectores más conservadores y anticomunistas dentro del PTB, basta recordar con la participación en el futuro gobierno militar de figuras como Francisco Campos.

Respecto a la falta de una doctrina trabalhista, Ivete Vargas (sobrina de Getúlio y dirigente del PTB) sostenía que solamente bastaba con otorgarle entidad a los trabajadores para sostener al varguismo:

“antes de 1930 (el trabajador) no tenía garantía de empleo, no tenía horario de trabajo, no tenía la menor estabilidad, no tenía derecho alguno (...) Entonces el trabajador tiene conciencia de que fue incorporado realmente a la sociedad brasileña gracias a la legislación social que Getúlio Vargas propició a los trabajadores del Brasil (...) Lo que el trabajador registraba es que en aquel instante era un hombre que tenía empleo, tenía horario de trabajo, tenía salario mínimo, en fin, el pasó a existir” (Gomes y D’Araújo, 1987: 48-49).

Claramente ello no fue suficiente. El trabajador brasileño que apoyaba a Getúlio, no necesariamente terminó militando en las filas del *trabalhismo*. A ello se le sumó el hecho de que el PTB tuvo fuerza suficiente a nivel ministerial, ni siquiera con Vargas como presidente, como tampoco a nivel parlamentario como podría esperarse. Por último, la herramienta del PTB tampoco fue eficiente en el sentido de ser la creación de un partido “nacional” en medio de una tradición partidaria estadualista, aspecto que se retomará más adelante. Entre los pocos ejemplos de partidos nacionales por entonces estaba el PC y, aunque ya disuelto, el movimiento integralista.

Por todo lo mencionado anteriormente, debe destacarse que el PCB con una organización interna mucho más aceptada, sin oponerse duramente a la tarea de legislación laboral del Estado Novo e incluso apoyando la lucha del *queremismo*, ha demostrado tener suficiente fuerza entre las bases obreras, frente a la poca fortaleza del PTB que continuó siendo un partido ligado a la dirigencia sindical oficialista.

5.3 El “nuevo sindicalismo” frente al sindicalismo trabalhista

A partir de la dictadura de 1964, el movimiento nacional brasileño, sustentado principalmente en el *trabalhismo*, fue duramente reprimido, junto al conjunto de las fuerzas populares del país. Este tipo de dictadura, que en palabras de Helio Jaguaribe (1970) instaló un modelo *colonial-fascista*, tuvo lugar en un contexto cambiante, caracterizado por el alineamiento neocolonial con los Estados Unidos, la represión antipopular marcada por la lucha contra el comunismo, y expresiones revolucionarias por parte de los sectores juveniles en diversos ámbitos.

En el caso particular de Brasil, vale destacar que el golpe contra João Goulart en 1964 se dio en medio de un clima nuevamente acusatorio relacionándolo con el peronismo argentino y con el comunismo. Recordemos, como se mencionó anteriormente, que Goulart había sido ministro de trabajo de Vargas y ambos fueron acusados de querer instaurar una “república sindicalista” como en Argentina. Esta vez, durante su presidencia y en un contexto más profundo de confrontación geopolítica en la región, los mismos fantasmas se reanudaron y el golpe fue interpretado de manera optimista por la CIA como “un serio retroceso para los intereses soviéticos” tal como lo reproducen Rapoport y Laufer (2000).

A partir de entonces, durante esa larga etapa (la dictadura brasileña se extendió entre 1964-1985), tuvo lugar el surgimiento del denominado “nuevo sindicalismo”, de extracción clasista, que tuvo una tendencia a desacreditar la acción del sindicalismo *trabalhista* de la etapa previa a 1964, caracterizándolo como corporativo y populista. Según indica Marco Aurélio Santana (1998), esa interpretación fue justamente la que defendía Francisco Weffort.

Las características del desarrollo económico impulsado por la dictadura brasileña fomentaron la conformación de un sujeto obrero que no se referenciaba ya con el sindicalismo tradicional, en parte desarticulado, al tiempo que la experiencia de lucha sindical se realizaba de forma atomizada al interior de las fábricas (Da Silva, 1986). Justamente ese formato de lucha descentralizado a partir de comisiones internas es el que pregonaba la ANL durante la década de los '30, por lo tanto era esperable que los referentes del nuevo sindicalismo se vean reflejados en aquella tradición. En palabras de Roque Aparicio Da Silva hacia finales de los '70 “despunta una nueva generación de dirigentes sindicales, sin vínculos directos con el pasado populista, más sintiéndose

víctimas de su herencia, que elabora el discurso de la libertad y la autonomía sindicales, desarrollando una práctica de movilización de clase”, quienes además “en un comunicado impreso además de denunciar el "peleguismo", presenta propuestas para un nuevo sindicalismo organizado libre y autónomamente de forma democrática, reivindicando” (1986: 119).

Es este *nuevo sindicalismo* el que confluye en la creación de la CUT (Central Única de Trabajadores) en 1983, con el inmediato antecedente de la creación del PT en 1980, quienes lograron articular con nuevos movimientos sociales tomando un gran protagonismo durante el período de transición democrática.

Vale destacar que el movimiento sindical brasileño continuó fuertemente escindido, contando con varias centrales sindicales distintas hasta la actualidad: además de la CUT, que ha quedado ligada al PT, coexisten otras como CGTB y Força Sindical, sin contar con otras centrales sindicales más pequeñas, conformadas por diversos militantes de izquierda y en algunos casos escindidas de la misma CUT. En las líneas anteriores vemos como, si bien la acción del *nuevo sindicalismo* fue fundamental para sostener la lucha contra la dictadura, por otro lado atomizó la potencia del *trabalhismo*, generando una debilidad en la práctica del modelo sindical brasileño.

Por otra parte, es interesante la interpretación de Adalberto Cardoso (2019) quien indica que, de todas formas, el nuevo sindicalismo sirvió para cumplir el anhelo de Getúlio Vargas quien poco tiempo antes de su muerte, en el acto del 1° de mayo de 1954, ha comunicado a los trabajadores que “hoy ustedes están con el gobierno. Mañana ustedes serán el gobierno”. Tal es el caso de Lula Da Silva quien, de todas maneras, no se ha sentido identificado con el *trabalhismo* de Vargas como veremos más adelante.

5.4 El rol del PT y Lula frente al trabalhismo varguista

Un punto nodal de los interrogantes que motivan este trabajo está vinculado a indagar acerca de la identificación (o no) que tiene el modelo político de Lula da Silva, respecto a los gobiernos de Getúlio Vargas.

Por empezar, vale realizar algunas aclaraciones sobre surgimiento del Partido dos Trabalhadores (PT) con la reconstrucción de los partidos políticos brasileños en los últimos años de la dictadura, hacia finales de la década de 1970 y principios de los años

'80. Como indican Moacir Gadotti y Otaviano Pereira (1989) en ese contexto el PT, asumiéndose socialista, surge como un partido que reivindica la tradición obrera brasileña, las luchas contra la dictadura y el surgimiento de los nuevos movimientos sociales por entonces: tomando como eje al movimiento obrero, pero sumando a campesinos sin tierra, comunidades eclesiales de base, obreros despedidos, movimientos anti-racistas y militantes por los derechos humanos. Vemos que el carácter del partido es movimentista, incluso en sus documentos consta la pretensión de “constituirse en una organización nacional de masas” (Gadotti y Pereira, 1989: 45), pero no incorporan como un actor válido a la burguesía nacional. Tampoco se asumen de izquierda puramente, rechazan la actividad del PC y solamente toman como núcleo originario las luchas obreras de principio de siglo XX, haciendo énfasis en la militancia de los Frentes Populares antifascistas de la década de los '30 y la Alianza Nacional Libertadora como el “primer movimiento de masas” brasileño (Gadotti y Pereira, 1989: 17).

En sintonía podemos sumar el hecho que, tal como afirma Aritz Recalde, en la década de los '90 el PT focalizó su identidad política junto a la izquierda popular latinoamericana impulsando reuniones y foros de debate “con participación del Frente Amplio Uruguayo, del PRD mexicano, del Frente Sandinista de Nicaragua, del Frente Farabundo Martí del Salvador o del Partido Comunista Cubano” (2016: 64), en un contexto, vale aclararlo, donde los partidos nacionales fueron en buena parte arrastrados por el consenso neoliberal.

Teniendo en cuenta algunos componentes mencionados, desde el PT han interpretado al *trabalhismo* de Vargas como sinónimo de *peleguismo* y de manipulación del Estado hacia los trabajadores, mientras que las leyes de la CLT habrían sido una realización a imagen y semejanza de la Carta del Lavoro mussoliniana, nuevamente plegándose al análisis de la izquierda intelectual. Así, si bien se reconoce al *trabalhismo* como la principal herencia del varguismo, le reprochan la cooptación y la manipulación de los trabajadores (y del concepto “trabajador”) a través de la creación del PTB “de arriba hacia abajo”. Por lo tanto, como mencionan Gadotti y Pereira, la propuesta del PT en el retorno democrático es la creación de un partido verdaderamente de los trabajadores (y no “para” los trabajadores como le reprochan al PTB creado por Vargas).

Esta visión del PT sobre el varguismo es muy elocuente en los términos que lo comenta Lula: “Cuando comencé mi vida política criticando a Getúlio, mi discurso consistía en atacar la Carta del Lavoro de Mussolini, porque la estructura sindical

brasileña era fascista” (Lula Da Silva, 2018: 78). En línea con esta afirmación, el historiador Kazumi Munakata en su obra *A legislação trabalhista no Brasil* (1981) resalta una famosa frase atribuida a Lula, quien habría afirmado en sus años de dirigente sindical que “la CLT es el AI-5¹⁴ de los trabajadores” (Munakata, 1981: 106). En la obra mencionada, que realiza un recorrido por las luchas del movimiento obrero brasileño, Munakata concuerda con Lula y dice que la legislación trabalhista de la CLT, “carga con las marcas de las luchas obreras pero también las de su derrota”, siendo finalmente la CLT “el signo de la derrota de los trabajadores” (1981: 105-106), por el hecho, nuevamente, de estar organizada de arriba hacia abajo. De esta manera podemos encontrar muchos más puntos de conexión entre el pensamiento del PT y la izquierda intelectual de Weffort y Cardoso, que con los propios componentes del movimiento queremista del ’45 brasileño, especialmente el PCB y el PTB.

Retomando a Darcy Ribeiro, este pensador advierte sobre el posicionamiento del PT en la reorganización del sindicalismo brasileño en el proceso democrático, indicando que el partido se mostraba contrario al cobro del impuesto sindical y también a la organización sindical con una representación única por rama laboral, tal como lo indica la CLT desde los tiempos de Vargas. Sin embargo, una cosa fue la postura del PT fuera del gobierno, mientras que tomaron otra postura cuando lograron acceder a posiciones en el poder legislativo. Ribeiro dice:

“Entonces, organizándose el sindicalismo, el PT fue en contra, tenía odio del impuesto sindical, decía que era de pelegos. Pero, a la hora de votar, votó por el impuesto sindical, porque si acabase el impuesto sindical, acababa la fuerza del sindicalismo. El impuesto sindical no pesa sobre ningún obrero, es un invento formidable y permite, con un día de salario por año, mantener el sistema sindical, que puede ser perfeccionado, pero no es tirarlo a la basura e intentar crear un tren de lulismo, otra tontería del PT. El PT decía que la peor cosa era la unidad sindical, ellos estaban para la pluralidad. Eso es un socialismo de sacristía¹⁵. ¿Por qué? Porque en Italia tienen un sindicato católico, sindicato protestante, sindicato comunista, sindicato... Ellos querían la misma cosa, lo cual es un absurdo. Los

¹⁴ AI-5 hace referencia al “Acto Institucional 5” de la dictadura brasileña, un decreto del año 1968 que se sumó a otros “actos institucionales” anteriores, modificando de manera arbitraria la vida social y política del país.

¹⁵ Con este concepto Ribeiro se refiere al socialismo italiano que proponía una fragmentación dentro de la conducción de los sindicatos, de acuerdo cada corriente ideológica en el movimiento obrero.

metalúrgicos tienen un sindicato solo, es una maravilla. El punto de vista original del PT era ese, porque estaban mucho más influidos por los *trade-unions* norteamericanos, e no era heredero de la historia brasileña. El día que el PT herede la historia brasileña, de 1930 para acá, alcanzará la condición, realmente, de gobernar Brasil. Porque retoma lo que es la línea histórica nuestra” (Roda Viva, 2018, 1h9m10s).

También es importante destacar que las palabras de Lula y del PT surgieron en momentos de resistencia a la larga dictadura (extendida entre 1964-1985), y también en el combate a dirigentes metalúrgicos tradicionales (pelegos), en pleno proceso de reconstrucción democrática. Sin embargo, a la hora de estar en el poder político, las interpretaciones de Lula (y del PT) respecto al varguismo y a las leyes trabalhistas heredadas de aquella época, se han matizado:

“Pero imaginen hoy, comiencen a leer la CLT y verán lo que significó. El empresariado paulista creía que las vacaciones eran un lujo, que el ocio llevaba al hombre a beber, que entonces ¡no podía haber vacaciones! Imaginen que tenían una clase empresarial pensando así en la década de 1940. Hacer la CLT fue una revolución. Entonces, esa gente es la que no podía convivir con Getúlio. ¿Cómo destruirlo? Inventando las infamias que inventaron.” (Lula Da Silva, 2018: 78).

De todas maneras, el líder del Partido dos Trabalhadores mantiene una barrera que lo separa de la principal figura del movimiento nacional brasileño y su política laboral:

“La verdad es que el PT era muy crítico de la estructura sindical brasileña en esas épocas en Brasil, y del Estado Novo mismo. Hoy sigo comprendiendo aquellos errores del Estado Novo, pero también estoy obligado a comprender los aciertos de Getúlio” (Lula Da Silva, 2018: 119).

Se debe destacar la gran tarea de un varguista popular como Leonel Brizola, a la hora de continuar con el legado durante la resistencia a la dictadura y durante la transición democrática, tal como indica Ángela de Castro Gomes (2004). A su vez, una anécdota comentada por el propio Lula nos puede mostrar como Brizola, sin éxito, ha intentado persuadir al propio líder metalúrgico para recoger el legado varguista:

“Bueno, entonces Brizola me dijo que fuéramos a la tumba de Getúlio. Brizola conversaba con Getúlio, o hasta me presentaba a Getúlio, como si estuviera vivo:

“Doctor Getúlio, aquí estamos con Lula. Lula es obrero, de fábrica, un compañero... Y puede hacer mucho para este país, doctor Getúlio. Y yo seré su vice”. Y a medida que hablaba, se emocionaba cada vez más. Cuando terminó, hubo aplausos, y luego me dijo: “Lula, ¿no querés hablarle un poco?”. Respondí: “No, doctor Brizola, no”. No tenía nada para decir. Entonces me dio un ramo de flores para que las apoyara en la tumba. Las dejé encima y se acabó la conversación” (Lula Da Silva, 2018).

Para concluir esta sección podemos mencionar que Lula reconociendo su origen socialista creó el PT, con un proyecto que paulatinamente se transformó bajo los ideales de la solidaridad y la justicia social. Por tanto, retoma el Varguismo sin reconocer realmente las bases de origen del nacionalismo popular brasileño. Queda a interpretación de cada lector si eso se debe solamente a una actitud que podríamos identificar como mezquina, o si reconoce la obra de Vargas tardíamente pero intenta no romper con sus concepciones de origen, que no se pueden desligar de la visión clásica de la *intelligentzia*: “Hoy sigo criticando la estructura sindical brasileña pero creo que Getúlio tuvo un papel en el siglo XX que pocos jefes de estado tuvieron” (Lula da Silva, 2018: 78).

Inclusive, si se analiza discursivamente las propuestas de Lula da Silva en la campaña electoral de 2022 contra Jair Bolsonaro, se evidencia que en su campaña se reivindica el sostenimiento de las empresas públicas como Petrobrás y Electrobras, pero nunca se menciona a Vargas como su impulsor.¹⁶

En lo concreto, a la hora de actuar políticamente las leyes de la CLT, ligadas al fascismo según las propias palabras de Lula, no han sido sustancialmente modificadas, reconociendo la obra del gobierno varguista como base necesaria para los derechos de los trabajadores brasileños hasta la actualidad. Lo que más molestaba en ese sentido para los militantes del PT, es que las leyes hayan surgido “de arriba hacia abajo”, desde el propio Estado, llevando nuevamente la imagen de manipulación del líder hacia las masas (¿masas ignorantes acaso?). Esta actitud, como vimos no fue compartida por el PCB que apoyó al movimiento *queremista* a pesar, inclusive, de haber sido perseguido a comienzos

¹⁶ Esa temática en particular, sobre la falta de referencias a la obra de Vargas en los discursos presidenciales de 2022, fue expuesta por el autor de este trabajo en el I Congreso de Pensamiento Nacional Latinoamericano en la Universidad Nacional de Lanús, 8, 9 y 10 de junio de 2023.

del Estado Novo pero entendiendo que no debían dissociarse de la realidad y de los derechos que les tocaría defender en un frente nacional frente a los embates del imperialismo y de la oligarquía contra Vargas.

5.5 El problema de la “memoria histórica” de los sectores populares, en la óptica de Torcuato Di Tella

Uno de los teóricos que profundizaron, no solo sobre las diferencias, sino sobre la “desaparición” del varguismo respecto al peronismo fue el sociólogo Torcuato Di Tella, preocupado también sobre la posibilidad de que no exista “un Lula” en Argentina. En diversos estudios, lo que propone el autor es que la supervivencia del peronismo en Argentina, al contrario del varguismo en Brasil, se debe a la adquisición de una “memoria histórica” por parte de los sectores populares. Para Di Tella, la sociedad argentina de la década del 40 no era tan distinta a la de comienzos del siglo XXI, en términos de integración de alfabetización, urbanización e integración a un modelo de nación, mientras que la sociedad donde Vargas construyó su movimiento contaba todavía con grandes sectores excluidos que no vieron un impacto real en sus formas de vida. Por ello es que, al momento de adquirir una conciencia de lucha por la emancipación alrededor de los años ‘60, los sectores populares brasileños tuvieron una menor memoria histórica sobre el varguismo, al cual no veían como la identidad política que los representara. En palabras de Di Tella:

“el varguismo popular fue una tormenta en un vaso de agua. Ocurrió en el pequeño sector urbano y desarrollado del país, mientras que la enorme mayoría de su población era rural, analfabeta y totalmente desinformada. Cuando esa población se volcó a las ciudades venía casi sin memoria histórica, y estaba dispuesta a nuevas experiencias políticas” (Di Tella y Kirchner, 2003: 54).

De la misma forma, el autor en *Actores y coaliciones...* insiste con que la democratización social impulsada en los años de Vargas afectó a un sector considerablemente pequeño de la sociedad, tuvo lugar “en una burbuja, que es el sector urbano” (2003: 76). Junto a ello, atribuye un “mucho mayor peso que la derecha ha tenido en la coalición varguista, resultado natural de la estructura más subdesarrollada de ese país en el momento histórico en que ella se forjó” (Di Tella: 2003: 76). En este último punto, el autor se acerca los postulados de la izquierda intelectual tradicional remarcando

que el proyecto del Estado Novo tuvo lugar bajo “inspiración mussoliniana” (Di Tella y Kirchner 2003: 53).

En síntesis, para el autor esos son los dos elementos clave por los cuales los sectores populares brasileños, una vez integrados al proyecto de nación, carecieron de una memoria histórica ligada al varguismo.

El primero de esos elementos es compartido por Alejandro Groppo, autor que se mencionará a continuación, quien afirma que “los trabajadores rurales fueron explícitamente excluidos de la CLT, de la misma manera que los trabajadores domésticos y los empleados estatales”, justificado por parte del gobierno a través del ministro Marcondes Filho por el hecho de que “los trabajadores del campo ‘no habían reclamado’ por derechos sociales y estos se deben conquistar por luchas” (Groppo: 2009: 287).

5.6 La interpretación de Alejandro Groppo

El politólogo cordobés Alejandro Groppo en su obra del año 2009 *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas*, ha realizado un estudio comparativo muy interesante sobre algunas diferencias que ha tenido la formación de las identidades políticas de ambos movimientos políticos, utilizando como estrategia metodológica la teoría del discurso político. Se destaca además que el autor en su análisis se aleja de las concepciones clásicas y cómodas de la intelectualidad a la hora de analizar los fenómenos del peronismo y el varguismo. Un punto nodal en esa obra es que, en vez buscar similitudes para establecer un modelo de “populismo” como lo han hecho diversos autores, en este caso trata de identificar diferencias en la conformación de ambos movimientos nacionales, lo cual se torna útil para nuestro análisis.

En el trabajo mencionado, Groppo identifica para el caso argentino un temprano antagonismo entre peronismo/antiperonismo, desde la etapa de Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Esa *lógica antagónica* según el autor, tuvo su principal correlato en las disposiciones tomadas por Perón en la STP, que incluyó el Estatuto del Peón Rural, creando un grupo opositor muy heterogéneo, entre los que se incluyeron a las poderosas corporaciones del sector exportador agropecuario. De esa forma, de manera temprana la oposición *pueblo-oligarquía* marcó los imaginarios dentro del movimiento peronista, independientemente de que Perón haya matizado su discurso en diferentes ocasiones. Por

otro lado, para el caso de Brasil el autor menciona que la acción política de Vargas desde 1930 hasta 1943, por lo menos, estuvo motivada por una *lógica de la diferencia*, por la cual trató de arbitrar entre diferentes grupos de interés a nivel social y, particularmente, desactivar la potencia de la ANL y el movimiento integralista a nivel político.

En el minucioso análisis que realiza Groppo se destaca la rápida conformación de una identidad peronista/antiperonista desde los años la labor de Perón en la Secretaría de Trabajo, mientras que el autor resalta para el caso brasileño que no existió un *antivarguismo* bien delineado sino hasta el último período de gobierno de Getúlio Vargas, de forma tardía. Una de las claves de esta situación está dada por la posibilidad de “nacionalización” del conflicto y de las identidades políticas, teniendo en cuenta que en Brasil se sostenían fuertes identidades estaduais, respecto a una cultura política ya nacionalizada en el caso argentino. Para el autor, Vargas “fue más bien preso de diversos actores sociales, que hicieron uso de un regionalismo estratégico y cabalgaron sobre la histórica y sedimentada característica de ‘desarrollo desigual’ típicas de la estructura social de Brasil”, produciéndose un obstáculo para expandir cualquier fenómeno de nacionalización “tanto a nivel del discurso como al nivel de la política pública, específicamente la política laboral” (Groppo, 2009: 29). Por el contrario, en el caso argentino el autor argumenta que “el conflicto entre Perón y la oposición se extendió a lo largo de todo el espacio nacional, asumiendo la misma forma en distintas provincias y regiones (un tipo de antagonismo Perón/anti-Perón) (Groppo, 2009: 30).

Encontramos en el estudio de Groppo un punto de coincidencia fundamental con Di Tella, que es la extensión de la política sobre los trabajadores rurales, presente en el peronismo con el Estatuto del Peón Rural (1944) y ausente en el proyecto laboral de Vargas, como se mencionó anteriormente. Para el autor, esa política de inclusión de los sectores trabajadores rurales en el proyecto nacional provocó una serie de “dislocaciones dentro de otros discursos políticos competidores”, al tiempo que el peronismo fue interpretado discursivamente como una amenaza en el momento que “introdujo un nuevo tipo de retórica política, el nombramiento político de una subjetividad olvidada” (Groppo, 2009: 198-199), motivando el antagonismo del peronismo frente a una identidad antiperonista muy heterogénea. Por el contrario, la estrategia de Vargas, en vez de profundizar el antagonismo, estuvo vinculada en “acomodar equilibrios”, fomentando la creación de partidos nacionales en el norte y nordeste, pero tratando de condicionar a los partidos estaduais del centro-sur donde las oligarquías eran más fuertes, al tiempo que

intentó “des-radicalizar” a la ANL y desarticular al integralismo, todo esto dentro de una lógica de incorporación de diferencias (2009: 291). Este equilibrismo varguista y su legislación laboral que no incorporó a los trabajadores rurales “no produce una dislocación generalizada en las élites económicas dominantes” (2009: 290) al contrario de lo ocurrido en el caso argentino, donde sí estuvo presente, creando un “puente entre la división urbano-rural”, lo cual no ocurrió en Brasil.

6. CONSIDERACIONES FINALES

A partir del recorrido realizado en este trabajo se ha indagado sobre diferentes aspectos que nos ayudan a responder los interrogantes iniciales. Tampoco se pretenden agotar las miradas sobre el tema, sino contribuir con un enfoque de análisis desde el pensamiento nacional latinoamericano. Considerando la trayectoria política de un país complejo como Brasil, la conformación ideológica de sus académicos y el posicionamiento de sus diferentes actores sociales, podemos arribar a una serie de conclusiones.

Como se vio en las páginas anteriores, un proyecto universitario desprestigiado, la tardía conformación de un antagonismo político, la falta de integración de los trabajadores urbanos-rurales bajo el mismo proyecto, la debilidad del PTB y, por sobre todas las cosas, la carencia de una doctrina unificadora y persistente en el tiempo, son algunos de los elementos que atentaron contra la identificación del varguismo como factor estructurante del movimiento nacional brasileño hasta hoy, como lo es el peronismo en Argentina.

En términos de conducción política, Vargas no fue Perón. Si bien suena obvio, es importante resaltar que los distintos dirigentes suelen tener diferencias en su formación, objetivos personales, ambiciones políticas. Hemos mencionado que Cruz Costa destacaba dos cosas muy importantes, por un lado, que Vargas no estableció una doctrina ni una ideología precisa, y por otro que tenía vocación de poder pero no de gobierno, siendo buen político pero no un estadista. También vimos que Sáenz Hayes afirmaba que el político brasileño no era un intelectual y que despreciaba a los ideólogos, aunque conocía el corazón de los brasileños, moviéndose exclusivamente por la práctica. En ese sentido, también se señala en la última parte que Alejandro Groppo incorpora la lógica de la

diferencia para indicar que Vargas realizó principalmente una tarea de equilibrio entre posiciones diversas tratando de evitar el conflicto, en cambio de antagonizar o polarizar a nivel social, lo cual explica la falta de un fenómeno *antivarguista*, por lo menos hasta su última etapa de gobierno.

En términos coyunturales debemos atender a situaciones multicausales. Si la intelectualidad también le fue esquivada al peronismo, no pareciera ser eso un mayor obstáculo para la continuidad del varguismo. Lo mismo pasa con los intereses de la oligarquía y su rol con los medios de comunicación. La penetración de ideas de la “nueva izquierda” en las décadas de los ’60 y ’70, que en Brasil se plasman en el “nuevo sindicalismo” con la resistencia a la dictadura y el surgimiento de los nuevos movimientos sociales, también ha tenido impacto dentro del sindicalismo combativo y en la juventud peronista, aunque esta última ha mantenido su identificación con el líder del movimiento, más allá de sus matices.

El origen de ese sostenimiento (o no) del ideario varguista tal vez deba buscarse no solo en lo que le faltó forjar al varguismo, sino en lo que le faltó atravesar. ¿Por qué no existe una resistencia varguista con el potencial que tuvo la resistencia peronista en Argentina? Más allá de la proscripción del PTB, tal vez sea porque no ha existido un proceso de “desvarguización” de la sociedad brasileña que le de vida (o de “destrabalhización” si se me permite el término), como ocurrió en la dictadura de Aramburu respecto al peronismo. Un ejemplo muy concreto lo podemos ver en la política constitucional brasileña, respecto al caso argentino. A su vez, el ’55 de nuestro país y los años subsiguientes han sido tan abrumadores para la militancia peronista que favorecieron la creación de un *continuum* que logró reproducir el ideario peronista con la transmisión a las nuevas generaciones, junto a la figura viva de Juan Perón con su tarea en el exilio.

En este sentido la dictadura que depuso a Jango en 1964 en términos generales no provocó un desmantelamiento de la industria liviana como el promovido por las dictaduras argentinas de la misma época que golpearon, una vez más, al corazón del movimiento peronista. El período dictatorial brasileño en su etapa de “milagro económico” ha contado en algunos casos con la mirada complaciente de algunos dirigentes *pelegos*, frente a la resistencia de varguistas de cuño como Leonel Brizola y frente al surgimiento del “nuevo sindicalismo” con figuras como Lula da Silva. La propia falta de una fuerte identificación de los trabajadores con el PTB, todavía ligados a la izquierda, tal vez hizo innecesario el ensañamiento de los golpistas del ’64 en el plano

simbólico frente a un movimiento nacional que no terminaba de articularse como tal, pese a los intentos de João Goulart de incorporar a las masas rurales a través de su proyecto de reforma agraria. Tal vez, por algunos de esos motivos fue innecesaria la “resistencia” de un movimiento que no culminó en una articulación popular, más que la que sus propios dirigentes intentaron forjar. Un movimiento que, en definitiva, careció de una doctrina propia.

En síntesis, es importante atender no solo a las condiciones de aparición del peronismo y del varguismo, sino también a sus condiciones de supervivencia y su reproducción en la identidad de los movimientos nacionales. Retomando a Torcuato Di Tella, consideramos que su explicación es parcial. La pérdida de fuerza del ideario varguista no puede explicarse solamente por la falta de memoria histórica. Se considera que se explica además por la falta de estructuración de una doctrina. Sin ese elemento, internalizado en el ideario popular, es difícil que se pueda continuar con una construcción sólida en el movimiento nacional, y se intentará volver a construir desde cero (o remontándose a épocas pretéritas) como lo ha hecho el PT.

En términos generales, los actores universitarios no abrazaron al varguismo, como tampoco lo hicieron los sectores trabajadores rurales. Ambos mundos posteriormente quedaron incorporados al PT, partido que no reconoce a la burguesía como un actor sustancial dentro de su proyecto y que no reconoce al varguismo como su punto de apoyo para sostener un movimiento nacional potente. Así el movimiento nacional brasileño se dirime entre un varguismo que no articuló una doctrina y un petismo que se identifica más con la cuestión de que con la cuestión nacional en el área de un capitalismo periférico y dependiente.

Algunas situaciones similares pueden verificarse en el proyecto de Evo Morales, que no ejerce un reconocimiento pleno del legado del MNR, o de Andrés Manuel López Obrador en México con su proyecto 4T (cuarta transformación) donde las tres transformaciones anteriores pasan por alto el período de Lázaro Cárdenas.

Por último, para el caso brasileño Hubo que esperar 50 años aproximadamente para que Lula, un obrero metalúrgico del gran San Pablo, se convierta en el presidente obrero que Vargas imaginó. Sería un acto de justicia que el legado y el vaticinio del estadista riograndense sean reconocidos dentro de una genealogía política oficial que defienda los intereses nacionales y populares del Brasil.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANSALDI, Waldo; GIORDANO, Verónica. (2012). *América Latina. La construcción del orden*. Buenos Aires, Ariel.

BOHOSLAVSKY, Ernesto y MARTÍN, Vicente (2014). “El Estado Novo a ojos de liberales de Argentina y de Brasil (1937-1946). En *Revista de História Comparada*, Rio de Janeiro, v. 8, n. 2, p. 226-253.

BRAVO LIRA, Bernardino (1988). “La Constitución Brasileña de 1988. Antecedentes Histórico-Institucionales”. En *Revista chilena de derecho*, vol. 15.

BRESSER-PEREIRA, Luiz Carlos (1985). *Pactos Políticos. Do populismo à redemocratização*. São Paulo, Brasiliense.

CARDOSO, Adalberto (2019). *A Construção da Sociedade do Trabalho no Brasil. Uma investigação sobre a persistência secular das desigualdades*. Rio de Janeiro, Amazon.

Câmara dos Deputados (1931). “DECRETO Nº 19.851, DE 11 DE ABRIL DE 1931”, disponible en: <https://www2.camara.leg.br/legin/fed/decret/1930-1939/decreto-19851-11-abril-1931-505837-publicacaooriginal-1-pe.html>

CHÁVEZ, Fermín (JARAMILLO, Ana. Comp.) (2012). *Epistemología para la periferia*. Remedios de Escalada, Ediciones de la UNLA.

CHOLVIS, Jorge Francisco (2012). “Sampay y la Etapa Justicialista en la Constitución”, *Palabras Liminares al tomo13-1, de las “Obras Selectas” de Arturo E. Sampay*, Editorial Docencia, Buenos Aires.

CHOLVIS, Jorge Francisco (2019). “Sampay, la Constitución y el revisionismo histórico constitucional”. En *Instituto Argentino para el Desarrollo Económico (IADE-RE)*, 22 de enero de 2019.

CHOLVIS, Jorge Francisco (2021). “Constitución Nacional De 1949: Su Concepción Filosófico-Política Y Diseño Técnico-Jurídico”. En *Antología Jurídica del Bicentenario*.

COMISIÓN DE RECEPCIÓN AL EXCMO. SEÑOR PRESIDENTE DEL BRASIL (1935). *Visita a la Argentina del Excmo. Señor Presidente de los EE.UU. del Brasil Dr. Getulio D. Vargas. Reseña de los actos realizados y recopilación de documentos*. Buenos Aires.

- COSTA, João Cruz (1956). *O positivismo na República: notas sobre a história do positivismo no Brasil*. São Paulo, Companhia Editora Nacional.
- COSTA, João Cruz (1957). *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil*. México, Fondo de Cultura Económica.
- COSTA, João Cruz (1968). *Pequena história da república*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.
- DA CUNHA, Euclides (1980). *Los sertones*. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- DA SILVA, Roque Aparecido (1986). “Brasil: sindicatos y transición democrática”. En *Revista Nueva Sociedad*, 83, pp. 115-124.
- DEL MAZO, Gabriel (1968). *La Reforma Universitaria. Tomo II Propagación Americana*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- DI TELLA, Torcuato (1996). “Perón y Vargas: vidas paralelas”. *Seminario sobre Argentina-Brasil*. Rio de Janeiro, Pontificia Universidad Católica, 15 y 16 de agosto de 1996.
- DI TELLA, Torcuato (2003). *Actores y coaliciones. Elementos para una teoría de la acción política*. Buenos Aires, Ediciones La Crujía.
- DI TELLA, Torcuato y KIRCHNER, Néstor (2003). *Conversaciones. Después del derrumbe*. Buenos Aires, Galerna.
- EQUIPE EDITORIAL (1975). “Sobre o trabalho teórico - João Cruz Costa”. En *TRANS/FORM/AÇÃO: Revista De Filosofia*, 2, 87–94. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/S0101-31731975000100002>
- FAUSTO, Boris (2003). *Historia concisa de Brasil*. Buenos Aires, FCE.
- FERNÁNDEZ BARAIBAR, Julio (2004). *Un solo impulso americano. El Mercosur de Perón. Las relaciones entre Juan Domingo Perón y Getulio Vargas, antecedentes para un verdadero Mercosur*. Buenos Aires, Fondo editorial Simón Rodríguez.
- FIGUEIREDO, Marcelo (2008). “La evolución político-constitucional de Brasil”. En *Estudios Constitucionales*, Año 6, N° 2, 2008, pp. 209-246.

FRENCH, John, (1989). “Los trabajadores industriales y el nacimiento de la República Populista en Brasil, 1945-1946”. En Mackinnon y Petrone: *Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: EUDEBA.

FURLONG, Guillermo (1960). *La revolución de mayo. Los sucesos, los hombres, las ideas*. Buenos Aires, Club de lectores.

GADOTTI, Moacir y PEREIRA, Otaviano (1989). *Pra que PT. Origem, projeto e consolidação do Partido dos Trabalhadores*. São Paulo, Editora Cortez.

GÁLVEZ, Manuel (2001). *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida Argentina*. Buenos Aires, Taurus.

GODOY, Juan (2015). *La FORJA del nacionalismo popular. La construcción de una posición nacional en la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA)*. Buenos Aires, Punto de Encuentro.

GOLDSTEIN, Ariel (2017). “El peronismo y la política brasileña en la prensa tradicional. De las representaciones ‘distanciadas’ a la formación de un estereotipo”. En *Anuario IEHS* 32(2) 2017, pp. 127-148.

GOMES, Ângela Maria de Castro y D’ARAÚJO, Maria Celina Soares (1987). *Getulismo e trabalhismo. Tensões e dimensões do Partido Trabalhista Brasileiro*. Rio de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas.

GOMES, Ângela Maria de Castro (2004) “Brizola e o trabalhismo”. En *Anos 90*, Porto Alegre, v. 11, n. 19/20, pp.11-20.

GROPPO, Alejandro (2009). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas, un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Villa María, Eduvim.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (1969). *Nacionalismo y liberación*. Buenos Aires, Contrapunto.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (2011). *Peronismo y socialismo*. Buenos Aires, Continente.

JAGUARIBE, Helio (1961). *Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño*. Buenos Aires, Coyoacán.

JAGUARIBE, Helio (1970). "Brasil: ¿estabilidad social por el colonial-fascismo?". En FURTADO, Celso (et. al.). *Brasil Hoy*. México, Siglo XXI.

JAURETCHE, Arturo (1973). *Los profetas del odio y la yapa (la colonización pedagógica)*. Buenos Aires, Peña Lillo.

LULA DA SILVA, Luiz Inacio (2018). *La verdad vencerá. El pueblo sabe por qué me condenan*. Buenos Aires, CLACSO/Octubre.

MENDONÇA, Ana Waleska P. C. (2000). "A universidade no Brasil". *Revista brasileira de educação*. Departamento de Educação, Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro, pp. 131-150.

MONIZ BANDEIRA, Luiz Alberto (2004). *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al MERCOSUR. Conflicto e integración en América del Sur*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

MUNAKATA, Kazumi (1981). *A legislação trabalhista no Brasil*. Brasiliense.

NERUDA, Pablo (1988). *Confieso que he vivido. Memorias*. Barcelona, Seix Barral.

PACHECHO BORGES, Vavy (1979). *Getúlio Vargas e a oligarquia paulista. História de uma esperança e de muitos desenganos através dos jornais da oligarquia: 1926-1932*. São Paulo, Brasiliense.

PIÑEIRO IÑÍGUEZ, Carlos (2006). *Pensadores latinoamericanos del siglo XX. Ideas, utopía y destino*. Buenos Aires, Siglo XXI.

PERÓN, Juan Domingo (PAVÓN PEREYRA, Enrique. Dir.) (1973). *Doctrina Peronista*. Buenos Aires, Ediciones Macacha Güemes.

PERÓN, Juan Domingo (CASTELLUCCI, Oscar. Comp.) (2002). *JDP, los trabajo y los días. Perón y el 17 de octubre*. Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación.

Presidência da República (1934). *Constituição da República dos Estados Unidos do Brasil (de 16 de julho de 1934)*. Disponible en: http://www.planalto.gov.br/ccivil_03/Constituicao/Constituicao34.htm

Presidência da República (1988). *Constituição da República Federativa do Brasil de 1988*. Disponible en: http://www.planalto.gov.br/ccivil_03/Constituicao/Constituicao.htm

- PUIGGROS, Rodolfo (1974). *El peronismo: sus causas*. Buenos Aires, Ediciones Cepe.
- RAMOS, Jorge Abelardo (2011). *Historia de la nación latinoamericana*. Buenos Aires, Ediciones Continente.
- RAPOPORT, Mario y LAUFER, Rubén (2000). *Estados Unidos y los golpes militares en Brasil y Argentina en los años '60*. Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social de la Universidad de Buenos Aires.
- RECALDE, Aritz (2016). *Estudios sobre Brasil*. Buenos Aires, Punto de Encuentro.
- RECALDE, Aritz y VILLANUEVA, Ernesto (2020). *Los cuatros peronismos universitarios: el peronismo y las universidades*. Buenos Aires, Editorial FEDUN.
- RIBEIRO, Darcy (1985). *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires, CEAL.
- RIBEIRO, Darcy (1990). *Testemunho*. Fundação Darcy Ribeiro.
- RIBEIRO, Darcy (1995). *O povo brasileiro. A formação e o sentido do Brasil*. São Paulo, Companhia das letras.
- RIBEIRO, Darcy (2012). *Confissões*. São Paulo, Companhia das Letras.
- RODA VIVA (16 de agosto de 2018). *Roda Viva | Darcy Ribeiro | 1995* [Archivo de video]. Youtube. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=AAFzOemlAbg>
- SÁENZ HAYES, Ricardo (1942). *El Brasil moderno*. Buenos Aires, Editorial del Instituto Americano de Investigaciones Sociales y Económicas.
- SANTANA, Marco Aurelio (1998). "O "novo" e o "velho" sindicalismo: análise de um debate. En *Revista de Sociologia e Política*, Curitiba, 10/11, pp. 19-35
- SCALABRINI ORTIZ, Raúl (1948). *El capital, el hombre y la propiedad en la vieja y en la nueva Constitución*. Buenos Aires, Editorial Reconquista.
- SCHILLING, Paulo (1978). *El expansionismo brasileño*. México DF, El Cid Editor.
- SKIDMORE, Thomas (1994). "Las dimensiones económicas del populismo en Argentina y Brasil". En Vilas, Carlos (comp.). *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- TEIXEIRA, Anísio (1952). "Notas sobre a educação e a unidade nacional". En *Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos*. Rio de Janeiro, v.18, n.47, pp. 33-49.

TEIXEIRA, Anísio (1953). “A crise educacional brasileira”. En *Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos*. Rio de Janeiro, v.19, n.50, pp. 20-43

TEIXEIRA, Anísio (1953b). “A universidade e a liberdade humana”. En *Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos*. Rio de Janeiro, v.20, n.51, pp. 3-22.

TEIXEIRA, Anísio (1956). *A educação e a crise brasileira*. São Paulo, Companhia Editora Nacional.

TEIXEIRA, Anísio (1956b). “Administração pública brasileira e a educação”. En *Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos*. Rio de Janeiro, v.25, n.63, pp. 3-23.

VARGAS, Getúlio. *A nova política do Brasil*, 10 vols. Rio de Janeiro, Olympo Editora.

VARGAS, Getúlio (1940). *A nova política do Brasil. VII No limiar de uma nova era*. Rio de Janeiro, Olympo Editora.

VARGAS, Getúlio (1941). *A nova política do Brasil. VIII Ferro, Carvão, Petróleo*. Rio de Janeiro, Olympo Editora.

WEFFORT, Francisco (1970). “El populismo en la política brasileña”. En FURTADO, Celso (et. al.). *Brasil Hoy*. México, Siglo XXI.